¡Quién es ella!



¿QUIÈN ES ELLA?

COMEDIA.

¿QUIEN ES ELLA?

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

POR

D. Manuel Breton de los Herreros.



MADRID, 1849. — IMPRENTA DE S. OMAÑA.
CALLE DE CERVANTES, N.º 34.

Al Excmo. Sr. D. Luis José Sartorius, Conde de S. Luis, Ministro de la Gobernacion del Reino, etc., etc., etc.

No se dirá, lo espero, que al dedicar á V. E. esta obra busco un Mecenas que la ampare, pues nadie ignora que ya lo es V. E. de todos los escritores dramáticos desde la fundacion del Teatro Español *y nueva organizacion de los del Reino. V. E. ha regenerado la Escena Castellana; V. E. ha mejorado notablemente la condicion de los ingenios consagrados á ella, hasta el punto de aconsejar á S. M. que alcancen los efectos de su Real munificencia aun á los dramas dados á luz con anterioridad á aquellas tan ilustradas como benéficas resoluciones. Yo, que he ofrecido tan perseverante culto á las aras de Talía, debo como todos, y mas que otro alguno, confesarme reconocido á tan señaladas muestras de benevolencia; y lo menos que puedo hacer es rogar á V. E. que acepte este público testimonio de la sincera gratitud y alta consideracion con que es de V. E. afectísimo amigo y atento servidor* Q. S. M. B.

Manuel Breton de los Herreros.

ERRATAS.

PÁGINA.	LINEA.	DICE.	LÉASE.
40	32	su traje	tu traje
49	43	Gonz.	Quev.
62	16	recurrirá	recurriera
75	34	me resigne....	que me resigne....
78	2	espúreos	espurios
93	5	te calcen	se calcen.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA CONDESA. . . .	Doña Barbara Lamadrid.
ISABEL.	Doña Teodora Lamadrid.
DOÑA MENCIA. . .	Doña Maria Cordova.
EL REY.	Don Jose Valero.
QUEVEDO.	Don Joaquin Arjona.
GONZALO.	Don Manuel Osorio.
MARTIN.	Don Calixto Boldun.
EL ALCAIDE. . . .	Don Pedro Maffei.
DON ALVARO. . .	Don Manuel Sotomayor.

Damas, Ugieres, Guardia.

La accion se supone en Madrid, año de 1845.

La administracion de esta comedia está esclusivamente á cargo del *Círculo Literario Comercial.*

ACTO I.

Sala en casa de la Condesa. Puerta en el foro, que es la principal: otra lateral á la derecha: otra á la izquierda. Mesa de escritorio.

ESCENA I.

GONZALO, *sentado á la mesa de escritorio.*

Otra carta, y es la última,
al arrendador Ambrosio
García.—Cansan, aburren
tantas horas de escritorio.—
Hoy no he visto todavía
á la que es luz de mis ojos,
y ausente de su hermosura
no vivo, ó vivo en un potro.
La Condesa...



ESCENA II.

GONZALO, QUEVEDO.

QUEV. (*Entrando.*) Perdonad,
señor mio, si me tomo
la libertad...

GONZ. (*Levantándose.*) Caballero...
¡Cielos, qué veo!...

QUEV. Este mozo...
Sí, es Gonzalo.

GONZ. ¡Don Francisco
de Quevedo!... ¡Dios piadoso!...
¡Tanta dicha!.. Permitid
que á esos pies ...

QUEV. No me conformo.
Mis brazos están mas cerca.
(*Le abraza.*)

GONZ. Yo los recibo con gozo
y con orgullo.

QUEV. A tu padre
retrata fiel ese rostro
juvenil: al tierno amigo
que vivo amé, y muerto lloro.

GONZ. Si vos le llorais, señor,
¿qué haré yo huérfano y solo...

QUEV. Eso no, miéntras yo viva.—
Mas, aunque me huelgo y honro
de verte, aquí no he venido
con semejante propósito.
Yo no te hacia en Madrid....

GONZ. Emprendí el viaje mas pronto
de lo que habia pensado.
No bien sacudido el polvo,
os busqué; pero sin fruto.
« Astro luciente del trono
de Felipe, apénas sale
de Palacio y sus contornos, »
me dijeron, y...

QUEV. Es verdad.
Felipe, que es generoso,
justo, apacible, magnánimo,



cuando obedece á sus propios
instintos, hoy que ya libre
se ve del yugo ominoso
del funesto Conde-Duque,
ruina y baldon de su solio,
desagraviarme pretende
del no merecido encono
con que en mis ancianos dias
me ha perseguido el sañoso
privado. Yo que, no há mucho,
gemia en un calabozo,
calumniado, enfermo y pobre,
hoy nadaria en un golfo
de honras y bienes, si fuera
mi corazon ambicioso.
Mas quien jamás codició
grandezas que engendran odios
y sobresaltos y crímenes
y escarmientos, sándio y loco
seria si tal hiciera
cuando tiene un pié en el hoyo.
Y no obstante la seráfica
modestia de que blasono,
héme aquí hecho un palaciego.
El Rey, á mi ruego sordo,
de la libertad me priva
porque suspiro y sollozo.
No se halla sin mí, y abruma
mis harto frágiles hombros
con su real benevolencia.
No sé, Gonzalo, si logro
tanta distincion á título
de amigo; pero es notorio
que mas barato que yo
no lo ha de hallar en el globo.
Ni pedigüeño le canso
ni le atosigo oficioso.—
O acaso tanto favor
debo á ser hijo de Apolo;
que tambien Su Majestad
emplear suele sus ocios
en hacer versos, tal vez
(y esto quede entre nosotros)
no tan buenos como augustos.
Ni será extraño tampoco

que por su bufon me tenga. —
¡Dicen que soy tan gracioso!... —
Mas volviendo á tí, querido
Gonzalo, no te perdono
no haber tomado hospedaje
en mi casa.

GONZ. Soy tan corto...

QUEV. La cortedad es bobada,
y en la corte sobre todo.
Fray Modesto nunca asciende
á prior de San Jerónimo.
¡Ni haberme escrito dos letras
diciéndome cuándo y cómo
te habria de hallar! Al punto
hubiera hecho yo de modo
que me vieras en mi casa,
ó en la del Rey, sin estorbo,
á todas horas del dia.
Pero, si no me equivoco,
tal está mi buen Gonzalo
que no ha menester patronos.
No te aconsejo que trueques
por el triste dormitorio
y parca mesa que puedo
yo ofrecerte, estos suntuosos
salones. — ¿Eres, — perdona
mi extraño interrogatorio, —
pariente de la Condesa,
ó su agente de negocios?

GONZ. Soy su criado. La suerte
me deparó este acomodo.

QUEV. Y no en oficios mecánicos
que puedan darte sonrojo
te ocupa, por lo que veo.
¡Bien! Es dama de alto bordo,
de esclarecido linaje
y de pingüe patrimonio,
¡y con favor en la corte!
Como que ejerce el honroso
cargo de aya de la Infanta.
Si la entraste por el ojo
derecho...

GONZ. Preferiria,
ya que servir me es forzoso,
servir á Su Majestad.

QUEV. Como cuestion de decoro,
lo apruebo; mas no estarás
tan lucido y tan orondo
como ahora, si dependes
de las arcas del tesoro;
que, si algo dejan en ellas
asentistas codiciosos
y validos insolentes,
se gasta en cañas y toros —
¿Pides algo al Rey?

GONZ. Mi padre
le ha servido con heróico
valor. Murió en Portugal
herido de aleve plomo;
y apoyándome en sus méritos,
ya que no puedo en los propios,
pido la contaduría
de alcabalas de Logroño;
mas no espero...

QUEV. ¿Por qué no?
Para destino tan módico
presumo que bastará
el influjo de que gozo.
Mejor te lo ofreceria,
á fe de amigo y de prójimo;
pero yo no soy ministro
ni con ministros me rozo,
sino poeta, y poeta
que no, como suelen otros,
me alimento de ficciones
y de figuras y tropos,
si no que hago profesion
de decir sin circunloquios
por escrito y de palabra
verdades de tomo y lomo.
¡Así estoy yo de medrado!
Camino tan escabroso
no allana, Gonzalo amigo,
la cumbre del Capitolio.
Pero á tal corte has llegado
y en tiempo tan delicioso,
que para tí, apuesto jóven,
bien nacido y nada bobo,
pueden ser risueñas flores
de la vida los abrojos.

Si un dia Marte, hoy es Vénus
el astro que aquí... A propósito:
¿tienes ya empleo en Madrid?
Hablo de empleo amatorio.

GONZ. Tal vez.

QUEV. ¿Y qué corazon,
si no es de piedra ó de corcho,
no paga en Madrid tributo
á mundo, carne y demonio?
Gonzalo, el mar de la corte
está erizado de escollos.
Las Circes y las sirenas
bogan armadas en corso
á caza... ellas dicen de almas,
yo, del vellocino de oro;
y mas que Ulíses sagaz
y muy experto piloto
ha de ser el que no sea
de su despejo despojo.
Mas no todas son del gremio
de Santo *Tomás* apóstol:
tambien *Dante* tiene alumnas...
que ya pasan del otoño. —
¿Te ries? No aludo á tu ama,
que no soy tan malicioso.
Ni de ella puede decirse
lo de « á un descosido un roto »
que es dama de muchas prendas ..
y está en el segundo tomo
de la hermosura, es decir,
si no en su Mayo, en su Agosto.

GONZ. ¡Siempre maligno y zumbon!...

QUEV. El mundo es jaula de locos,
Gonzalo mio, y prefiero,
filósofo por filósofo,
á lagrimones de Heráclito
carcajadas de Demócrito. —
Pero háblame con lisura:
¿te mira con buenos ojos
la Condesa?

GONZ. Cada dia
me da nuevos testimonios
de su extremada bondad.
Soy su indigno mayordomo,
su secretario, tal vez

su amigo...

QUEV. Ya: su *factotum*...
Dí de una vez, soy su amante,
y *finis coronat opus.*

GONZ. No merezco tanto honor.

QUEV. ¿Por qué no? Dios poderoso,
á los pobres y á los ricos
nos formó del mismo lodo.

GONZ. Ni, dado que yo inspirase
sentimientos amorosos
á tan ilustre señora,
correspondiera...

QUEV. (*Aparte.* ¡Es neófito!...)
Déjate querer.

GONZ. Habria
de sacrificar...

QUEV. ¡Qué oigo!

GONZ. A sus favores...

QUEV. ¿La hacienda?
Ántes saldrias de ahogos
con la suya. ¿La honra acaso?
No veo ningun desdoro
en ser Conde. ¿La conciencia?
No es pecado el matrimonio;
ántes será expiacion
si, como opinan los doctos,
se pasan con él en vida
las penas del purgatorio.

GONZ. No es eso...

QUEV. ¡Ah... la libertad!
¡Bien, hijo! Apruebo y encomio
esa altiva independencia
digna de un ánimo estóico.
No te esclavices jamás,
Gonzalo, á ese lindo mónstruo
que llaman mujer. Sé libre...

GONZ. Ese seria mi voto,
si ya un dulce cautiverio
no me hiciera venturoso.

QUEV. ¿Qué dices, incauto jóven?
Amas...

GONZ. Sí, señor, adoro
con firme y casta pasion
á una mujer...

QUEV. Ya supongo.

GONZ. Bien nacida...
QUEV. ¿Pero pobre
como tú?
GONZ. Sí, los dos somos
huérfanos...
QUEV. ¡Muy bien! Será
la gloria vuestro consorcio;
y si con mútuos requiebros
nos dais calór al estómago,
al ménos nada tendreis
que echaros el uno al otro
en cara.
GONZ. ¡Es un ángel!
QUEV. Sí.
GONZ. Y á la hermosura del rostro
aun excede la pureza
del alma. El cándido copo
de la nieve, el aura suave
que halaga al tierno pimpollo,
no son...
QUEV. Ya entiendo. Suprime
el idilio obligatorio.
¿Quién al hablar de su amada
escasea los piropos?
Cuando una mujer nos flecha,
tenemos la vista todos
para sus gracias, de lince,
para sus faltas, de topo.
Pero si os quereis los dos,
y, ella modesta y tú sobrio;
tú por un palmo de cara
dejas todo el territorio
de un condado; y ella siendo
tan bella — ¡raro fenómeno! —
se resigna á ser consorte
de un alcabalero, *Dominus
vobiscum*. — Voy ahora mismo
á hacer que despachen pronto
tu memorial. Ve mañana
á palacio...
GONZ. ¡Ah! Yo me postro...
QUEV. ¡Quieto! — A las once.
GONZ. Está bien.
QUEV. Emplearé mas gustoso
el tiempo en obsequio tuyo

que en los frívolos coloquios
de una visita de pura
etiqueta; que á esto solo
venia.

GONZ. Sois mi segundo
padre.

QUEV. ¡Oh! sí.

GONZ. Mi ángel custodio.

QUEV. Basta. ¡Adios! (*Vuelve á abrazarle.*)

GONZ. Guárdeos el Cielo.

QUEV. (*Ap. yéndose.* ¡Pobre mozo! ¡Pobre mozo!)

ESCENA III.

GONZALO.

¡Se burla de mis amores!
Achaque de años mayores.
Su corazon está yerto,
y es predicar en desierto
pedir al invierno flores.
Mas mudará de opinion
quizá, que al fin es discreto,
y aprobará mi pasion
cuando vea el dulce objeto
que me abrasa el corazon.
¿Qué es el ajado oropel,
qué es el orgulloso porte
y la envenenada miel
de las damas de la corte
al lado de mi Isabel?
¿Son por ilustres mas bellas
algunas que en las estrellas
ponen las ejecutorias?
Pergaminos son sus glorias...
y pergaminos son ellas.
Amor manda que me rinda
á la que en el sí y el nó
desnuda el alma me brinda,
y solo sabe que es linda
porque se lo digo yo.
En dulce conformidad

para uno nos hizo Dios,
y á tanta felicidad
nos llama hasta la orfandad
en que gemimos los dos.
Así con igual ternura
nos dió la naturaleza
en la comun desventura
el crisol que nos depura
de toda humana flaqueza.
Así el amor que á tus piés
juro, y pagas tú, alma mia,
no es una vil mercancía
de que el sórdido interés
hace torpe granjería.
Solo así viva la llama
se alimenta y sin perfidia;
porque, desigual la dama,
cuando pide nos fastidia
y cuando nos da nos infama.

ESCENA IV.

GONZALO. *La* CONDESA.

COND. ¡Don Gonzalo!
GONZ. (*Ap.* Ah! la Condesa.)
Señora yo...
COND. Extrañareis
mi tardanza.
GONZ. ¡Yo, señora!
Faltaria á mi deber
de humilde y leal criado
si osara...
COND. (*Ap.* ¡Qué sencillez!)
Sabeis que yo no os confundo
con la mercenaria grey
que me sirve.
GONZ. Agradecido,
al Cielo ruego que os dé
largos dias de ventura
y...
COND. Mil gracias. Ahora bien,
la causa de mi tardanza

no ha sido ningun cruel
accidente...

GONZ. ¡Ah! Sea Dios
loado y bendito...

COND. ¡Amén!
(*Ap.* ¡Cielos! ¿es esto cariño,
ó cristiandad... ó sandez?)
Más de lo que yo esperaba
hoy me ha detenido el Rey.

GONZ. Yo tengo ya despachado
todo el correo de ayer.
Solo falta...

COND. Bien; no hay prisa.

GONZ. (*Acercándose al escritorio.*)
Podeis firmar, si quereis,
estas cartas...

COND. ¿Urgen mucho?

GONZ. No.

COND. Firmaremos despues.

GONZ. Pues si licencia me dais...

COND. (*Despues de vacilar un momento.*)
Bien: id con Dios. (*Se sienta.*)

GONZ. (*Ap.* ¡Oh Isabel!)

COND. (*Ap.* Evitemos el peligro...)

GONZ. La firma ¿á qué hora...

COND. A las tres.

GONZ. El Cielo os guarde.

COND. (*Ap.* ¡Ah! no puedo...
El alma se va tras él.)
Oid. (*Gonzalo vuelve.*)
Quiero consultaros
un negocio de interés...
si no os molesto.

GONZ. Señora,
nunca á mí.. (*Ap.* ¡Cómo ha de ser!)

COND. (*Ap.* Sondearé su corazon.)

GONZ. ¿Sobre el soto de Aranjuez?

COND. No. Mas árduo es el asunto.—
Pero ¿por qué estais de pié?

GONZ. El respeto...

COND. (*Impaciente.*) ¡Oh!... Bien pudiera
el que en la corte es novel,
por sobrado respetuoso
culparse de descortés.

GONZ. Perdonad. No fué mi intento

desairar... Me sentaré.
(*Se sienta*)

COND. (*Ap*. Necia he sido en ofenderme
de su amable timidez.)
Estadme atento, Gonzalo.
Dos años há que enviudé,
y no son tantos los mios
que me hayan de reprender
lenguas malignas si al yugo
otra vez doblo la sien.
Con mi nombre esclarecido
grandes bienes heredé,
y no quisiera dejarlos
á parientes que tal vez,
ó no me aman, ni yo á ellos..
ó no los han menester.—
¿Qué me aconsejais, Gonzalo?

GONZ. Señora, difícil es
aconsejar en tan grave
materia, y mas para quien
falto de años y de ciencia
como yo..

COND. No os excuseis.
Sois adicto á mi persona:—
lo debo al ménos creer.

GONZ. Yo os juro...

COND. En vuestra alma noble
no cabe infame doblez,
ni la embriaga y la fascina
el orgullo del saber.
¿Qué consejero mejor
pudiera elegir?

GONZ. Pues ¡qué!
¿no teneis otro, señora,
á cuya suprema ley
so pena de eterno llanto
habreis al fin de ceder?

COND. (*Ap*. ¡Oh Cielos!...) ¿Cuál?

GONZ. Vuestro propio
corazon.

COND. Sí; mas tambien
tiene la razon sus fueros,
y es forzoso...

GONZ. Ya lo sé;
y mejor que yo advertirlo

es que vos lo recordeis.
Si en combate tan terrible
os hallais, y ha de vencer
la razon, yo os aconsejo,
señora, que no os caseis.
Conservad vuestra dichosa
libertad; que á una mujer
como vos honran, no afrentan
las tocas de la viudez.

COND. (*Ap.* ¡Oh palabras de consuelo...
Si no son pérfida red
de quimérica esperanza!
Me exhorta con viva fe
á no dar mi mano... ¡Ay Dios!
¿mudará de parecer
si lee al fin en mis ojos
que la guardo para él?)

GONZ. (*Ap.* ¡Calla! ¡Plegue á Dios que entienda
que no la quiero entender!)

COND. Muy cuerdo es vuestro dictámen;
que es triste consorcio aquel
de quien la razon helada
es el único sosten.
Pero si triunfa el amor,
como suele suceder,
de esa razon impotente
que le disputa el dosel,
¿qué me direis, Don Gonzalo?

GONZ. Señora... que no os caseis.

COND. ¡Ni á la razon ni al amor
me es lícito obedecer!
Luego si el único puerto
me vedais que en el tropel
de las humanas pasiones
me pudiera guarecer,
á mi opinion ó á mi dicha
por siempre renunciaré.

GONZ. ¡Señora!...

COND. Mas no creais
que tan opuestos estén
en mí esos dos sentimientos
que á rigoroso nivel
quereis sujetar. Supongo
que vos no confundireis
con la razon verdadera

el sofístico oropel
que llaman razon de estado.
Prendas pudiera tener
el objeto de mi amor,
con que cien veces y cien
supliera el fastuoso título
de un marqués... solo marqués.
Amor, que no reconoce
límites á su poder,
iguala la humilde choza
con el alto chapitel.
El amor, hijo de Dios,
y Dios acaso tambien,
es la ambrosía celeste
que dulcifica la hiel
de nuestra mísera vida:
es el bello rosicler
que este valle de tinieblas
convierte en risueño Eden:
contra el rigor del destino
es el mas fuerte broquel:
él sagaz descubre méritos
que el mundo olvida ó no ve:
él la apacible modestia
premia, y su pálida tez
desgarra la baja envidia
cuando de mirto y laurel
ve coronada la frente
que blanco á su saña fué.
¿Qué me importaria á mi
la desdeñosa altivez
con que algun necio, prendado
de su gótico pavés,
murmurase de mis bodas
porque no las hice, á fuer
de rica hembra de Castilla,
con algun primo del Rey?
Yo ufana de mi eleccion,
le sabria responder:
Ved aquí el dueño adorado
que cautiva mi alma; ved
si mas apuesto mancebo
y mas digno de honra y prez
inventar puede el buril
ni imaginar el pincel.

Si no es grande de Castilla
ni infanzon aragonés,
prendas y brios le sobran
con que lo pudiera ser;
y en fin, yo le quiero y basta;
y pues no hay razon ni ley
que acate el libre albedrío
para amar ó aborrecer,
de mi propio corazon
yo sola quiero ser juez.

GONZ. No os censuro yo; os admiro.
Pero vos que encareceis
tanto el poder del amor—
¿y quién le resiste, quién?—
mirad, señora, que es ciego;
mirad no os lleve al través
de su venda engañadora
donde naufrague el bajel
de vuestra dicha. Mirad
si el que os dignais de ascender
á vuestros amantes brazos,
no recibe harta merced
en permitirle que sea
de vuestra planta escabel.
Mirad que un dia vos misma
quizá os arrepentireis...

COND. No; ¡jamás! Podrá mi frente
ceñir funesto ciprés
en vez de nardos y rosas,
si con injusto desden
paga mi ternura inmensa
el hombre á quien solo amé;
mas ya en mi arbitrio no está
el dejarle de querer;
que amor le grabó en el alma
con inflamado cincel.

GONZ. (*Ap.* ¡Oh tormento! ¡Oh desventura!)
Señora .. (*Ap.* ¿Qué la diré?)

COND. Conmovido estais.

GONZ. ¡Sí!

COND. Hablad.

GONZ. Excusadme. .

COND. ¿Qué temeis?
Hablad: lo exijo.

GONZ. El respeto

pone á mi labio un cancel.
CONDE. Doleos de mi martirio,
y aunque apure hasta la hez
la copa de la amargura...
GONZ. ¿No la pruebo yo tambien?
¿No os dice harto mi silencio
si lo quereis comprender?
COND. Mas ¿cuya será la culpa
sino lo interpreto bien?
Yo os abro mi corazon,
y del vuestro nada sé.
GONZ. Vos pedís una respuesta,
y yo podria á mi vez
haceros una pregunta
con que os pudiera ofender.
COND. Para salir de este empeño
sobrado ingenio teneis,
sin forzarme á que deponga
privilegios de mujer.
GONZ. No es de ingenio esta cuestion,
señora: bien lo sabeis.
COND. (*Ap.* ¡Oh suplicio!)
GONZ. Solo un hombre
la pudiera resolver,
y... si ese hombre... no soy yo....
COND. Seaislo ó no, responded.
GONZ. Pues bien: si yo, por acaso
fuese el oscuro doncel
que desde el polvo en que yace
os pluguiera enaltecer
hasta la elevada esfera
donde sol resplandeceis,
turbado, absorto, confuso
me postrara á vuestros piés. .
(*Lo hace.*)
COND. (*Ap.* ¡Alma, respira!)
GONZ. (*Besando enternecido la mano de la Condesa.*)
Y bañando
la mano que me tendeis
bondadosa en tiernas lágrimas
de gratitud...
COND. (*Ap.* ¡Oh placer!)
GONZ. Diria: Guardad señora
tan acrisolada fe
para quien con otra igual

la pueda corresponder.

Cond. (*Ap.* ¡Gran Dios!) (*Se levanta.*)

Gonz. Sellad esta frente,
que alzar á vos no osaré,
con hierros de esclavitud;
y si por sincero y fiel
á mi despecho os agravio,
de mi vida disponed.
Dad un tósigo á mi pecho
ó á mi garganta un cordel;
mas...

Cond. ¡Basta! (*Ap.* ¡Oh rubor!..)

Gonz. ¡Qué digo!
Despreciadme.

Cond. (*Con imperio.*) ¡Alzad!. . Sí haré.
(*Se levanta Gonzalo.*)

Gonz. ¡Así! Triunfad de vos misma
y admitid mi parabien.

Cond. ¡Eh, callad! (*Ap.* ¡Perdida soy!)
¿Cómo, villano soez,
osais?... Mas tanto no debe
mi cólera descender,
que honre con ella de un sándio
la extraña ridiculez.

Gonz. ¡Señora!

Cond. (*Con risa forzada.*) ¿Tan alta estima
de vuestra persona haceis,
que fundando sobre el aire
otra torre de Babel,
por mí os juzgais recuestado
de amores que no soñé,
y en conflicto tan terrible
vuestro pudor defendeis
con la rudeza de Hipólito
y la virtud de José?

Gonz. Yo erré, señora. Ya veo
que esto ha sido un entremes...

Cond. En que habeis equivocado.
(*Ap.* ¡Oh angustia!) vuestro papel;
mas de un modo tan donoso
que siempre celebraré...

Gonz. Yo tambien celebro mucho
el error que escarneceis;
pero huiré la contingencia
de volverlo á cometer.

Calificadme de necio
en buen hora. Yo no sé
si merezco ó no este apodo;
pero me basta saber
que si aceptándolo os sirvo,
debo ufanarme con él;
que á mí no ha de estarme mal
lo que á vos os está bien.

ESCENA V.

La Condesa.

Déjase caer en un sillon con el mayor abatimiento luego que Gonzalo desaparece.

¡No puedo mas! ¡Me desprecia!
¿Por qué el labio no fué mudo?
El silencio era mi escudo. —
¡Ay desventurada! ¡Ay necia!
Mas si á morir me sentencio
¿qué importa en trance tan fuerte
que la voz me dé la muerte
ó que me mate el silencio?
Al ménos ese cruel
por quien mi amor desvaría,
cuando vea mi agonía
sabrá que muero por él;
y acaso por gratitud,
si su alma ahora es tan yerta,
alguna lágrima vierta
sobre mi negro ataud.
(*Se levanta.*)
¡No! Mi desventura extrema
pide al que así me escarnece,
no que difunta me rece,
sino que airada me tema.
¡Ay! ni este acerbo placer
dará alivio á mi pesar;
que mal se puede vengar
quien no sabe aborrecer.
Ni es un crímen su desvío.

¿Con qué ley, con qué razon
mandara en su corazon
yo... que no mando en el mio?
¿Por qué á su noble entereza
mi desgracia achacaré,
y no á mi crédula fe
y á mi humillante flaqueza?
¿Acaso su labio mismo,
que tan mal interpreté,
no era rémora á mi pié
cuando corria al abismo?
Quizá algun dia se apiade
de mí; quizá la ambicion
seduzca su corazon
si mi amor no le persuade.
Pero en tanto ¡ay Dios! se aleja
herido de mi despego.
Injusta seré si niego
satisfaccion á su queja.
(*Toca una campanilla.*)
¿Otra vez, alma cobarde,
te rinde vana ilusion?
¿Por qué al fin de la razon
no oyes el grito?.. ¡Ah! Ya es tarde.

ESCENA VI.

La Condesa. Martin.

Mart. Mande Ucencia.
Cond. Ven acá.
(*Ap.* ¡Así á un ingrato me humillo!)
¿Qué hace Gonzalo?
Mart. Su atillo.
Cond. (*Ap.* ¡Oh Dios!)
Mart. Dice que se va.—
Y es cosa que me ha pasmado;
que en todos sus menesteres
aquí está á cuerpo qué quieres,
y es mas señor que criado.—
Le habrá despedido Ucencia.
Cond. Yo... creo que sí.
Mart. ¡Lo dije!

Pues creo que no se aflige
de perder la conveniencia.
Al contrario; muy en sí,
con el rostro como un áscua
y el alma como una pascua...

COND. Bien, bien. ¿Qué se me da á mí...

MART. Y con gozo estrafalario,
le he visto sacar del pecho
una cosa, que sospecho
si será algun relicario;
y miéntras doy á su ajuar
colocacion oportuna,
besar la efigie con una
devocion particular.

COND. ¡Una efigie!... ¿Tú la has visto?

MART. Sí, señora; y en conciencia
puedo asegurar á Ucencia
que no es la de Jesucristo.
Por lo hermosa puede ser
un ángel del paraíso,
si es creible ó si es preciso
que un ángel sea .. mujer;
y si á los ángeles buenos
no pertenece la estampa,
Vírgen es la que allí campa,
sobre poco mas ó ménos.

COND. (*Ap.* ¡Ama á otra el inhumano!
Yo lo debí recelar.)

MART. Mas su modo de rezar
tiene un si es no es de profano.
¡Qué sé yo!... Aquel regocijo...
Salvo el « bendita tú eres
entre todas las mujeres, »
que eso bien claro lo dijo;
juro á fe de esclavo vuestro
que en su boca no se oia
ni jota de Ave-María
ni pizca de Padre nuestro.

COND. (*Ap.* ¡Me reservaba mi estrella
este horrible torcedor!
¡Otra me roba su amor!
¡Yo morir y triunfar ella!)

MART. Si Ucencia no manda nada...

COND. Martin, yo quiero saber
el nombre de esa mujer,

su condicion, su morada.

MART. ¡Ah, es mujer!... Ya saco el hilo...
No es el corte de la saya
de ángel ni ..

COND. Cuando se vaya
le seguirás... con sigilo.
Yo te premiaré.

MART. Se entiende.

COND. Toma bien las señas...

MART. Sí;
y aun sin moverme de aquí
doy ya con la dama duende.
Cartas que vienen y van...
Sin saberlo he sido yo
correo...

COND. ¡Ah! ¿La has visto?

MART. No;
no he pasado del zaguan. —
Vuecencia por compasion
querrá excusarle petardos
y que se ande á picos pardos...

COND. (*Impaciente y agitada.*)
¡Bien está!...

MART. ¡Qué corazon!

COND. (*Como poseida de una idea repentina.*)
(*Ap.* Ah! El Rey... Mi influjo en Palacio...
¡Si!) No le pierdas de vista.

MART. Yo le seguiré la pista...
(*Mirando adentro.*)
Aun está allí. Va despacio.

COND. (*Ap.* Un mismo dardo nos hiera.)

MART. Ucencia sabrá muy pronto
todo lo que hay. ¿Soy yo tonto?
(*Ap.* Y mas de lo que quisiera.)

COND. (*Ap* Infiel, tu loca esperanza
sabré yo frustrar tambien,
y pues lloré tu desden,
tú llorarás mi venganza,

ESCENA VII.

MARTIN.

Hé aqui un chisme... venial,
que si el demonio lo enreda,
va á mover mas polvareda
que una batalla campal.

FIN DEL ACTO PRIMERO.





ACTO II.

Cámara Real en el palacio de Madrid. La puerta de antecámara en el foro: la de las habitaciones privadas del Rey, á la derecha: la del cuarto de la Infanta al mismo lado, mas hácia el foro: otras dos puertas laterales á la izquierda.

ESCENA I.

El Rey, Quevedo.

Quevedo aparece: El Rey sale con un papel en la mano.

Quev. ¡Señor!...
Rey. ¡Salud al insigne
Quevedo!
Quev. A esos piés...
Rey. (*Deteniéndole.*) Alzad.
(*Dándole el papel.*)
Con mi concedido al márgen

os devuelvo el memorial
de vuestro cliente.

QUEV. Doy
á vuestra Real Majestad
las gracias... y el parabien
pór un acto en que á la par
brillan su recta justicia
y su ingénita bondad.
En mozo honrado y discreto
así el mérito premiais
de su padre, que lidiando
treinta años por tierra y mar,
en defensa de su Rey
vertió su sangre leal.

REY. ¿Que en efecto era valiente
soldado?

QUEV. Y tal que quizá,
inmolado á la impericia,
por no decir algo mas,
del maldito Conde-Duque,
á vos y al reino fatal,
fué el último veterano
que sin dar un paso atrás
moribundo os saludó
monarca de Portugal.

REY. Sin ese triste recuerdo
con que el alma me ulcerais,
para tan corta merced
sobraba á mi ánimo real
la intercesion de un amigo,
á quien yo deseo dar
pruebas mas calificadas
de mi liberalidàd.

QUEV. Para quien nada ambiciona
hartas son las que me dais.
Basta á un hidalgo caduco
la torre de Juan Abad;
á un filósofo sus libros;
á un poeta un madrigal;
y á un caballero cristiano
(Mostrando la cruz de Santiago.)
esta insignia militar,
que es terror de los herejes
y *exi-foras* de Satán.
Así, sin que vuestra gracia

coarte mi libertad,
podré, exento de envidiosos,
vivir y morir en paz.

REY. Sea, pues vos lo quereis...—
Y ahora, ¿en qué os ocupais,
príncipe de los satíricos
castellanos?

QUEV. ¡Pché.

REY. Mostrad
una de esas invectivas
en que sabeis asociar
á la elegancia de Horacio
el nervio de Juvenal.
¿Qué tenemos? ¿prosa ó verso?
¿Qué jácara de rufian,
que alguacil *alguacilado*,
(adjetivo singular
que solo inventar pudiera
vuestro ingenio y vuestra sal)
ó qué doctor antropófago,
ó qué escribano rapaz
son blanco de vuestros tiros?

QUEV. Acabo de emborronar
una letrilla incorrecta...

REY. ¿Contra quién, vate mordaz?

QUEV. Quizá no es para leida
á un monarca tan galan.

REY. No puede á mí disgustarme
cosa que vos escribais,
amigo mio.

QUEV. ¿Aunque sea
contra las hijas de Adan?

REY. ¿Otra vez? ¡Pobres mujeres!
Sois su enemigo mortal.

QUEV. No; pero juez inflexible,
digo siempre la verdad.

REY. Leedme pues la letrilla,
y luego que concluyais,
defendiendo yo á las damas
seré juez mas imparcial.

QUEV. (*Sacando un papel y leyéndole.*)
Cuentan de un corregidor
nada bobo,
que siempre que al buen señor
denunciaban muerte ó robo,

atajaba al escribano
que leia la querella,
diciéndole: ¡al grano, al grano!
¿Quién es ella?
Y como hombre procedia
de gran seso
quien tal actuacion ponia
por cabeza del proceso;
que en vano mas de una vez
se sigue al crímen la huella
por no preguntar el juez
Quién es ella.
En todo humano litigio —
¡no hay remedio! —
á no obrar Dios un prodigio,
habrá faldas de por medio:
danza en todo una mujer
casada, viuda ó doncella;
luego el hito está en saber
Quién es ella.
Si Adan perdió el paraiso,
fué por Eva,
que probar vedada quiso
no sé si manzana ó breva.
Desde entónces con profundo
pesar pudo conocella;
desde entónces sabe el mundo
Quién es ella.
Si ves hecho polvo el muro
que fué Troya,
merced al griego perjuro
y á su bélica tramoya,
suspende el fallo severo
entre esta nacion y aquella
hasta que te diga Homero
Quién es ella.
Si á Blas, por ceñir la venda
de Himeneo,
queda hoy solo de su hacienda
lo arrepentido y lo feo,
no preguntes: ¿cómo Blas
nació con tan mala estrella?
Pregunta, y acertarás:
¿Quién es ella?
Si en la calle siento ruido

de camorra,
y algun quidam mal herido
grita: ¿no hay quien me socorra?
Requiescat digo al difunto,
doy paso al que le atropella,
y en la taberna pregunto,
¿Quién es ella?
Si ves postrado en el lecho
del dolor
á algun mozo de provecho,
no le preguntes, doctor,
qué reuma ó que tabardillo
en su salud hizo mella;
pregúntale: —es mas sencillo—
Quién es ella.
Es un sexo amable, lindo...
Sí, una plata;
yo lo confieso... y prescindo
de la vieja y de la chata;
pero escamado y cobarde
digo ¡zape! á la mas bella;
que temo saber ¡muy tarde!
Quién es ella.

REY. Escrita está con veneno.
QUEV. Señor yo...
REY. ¡Qué pertinacia!
QUEV. Si vos...
REY. Aplaudo la gracia,
mas la doctrina condeno.
¡Tratar con fiero desden
á un sexo tan celestial!
Juzgais á las hembras mal.
QUEV. Porque las conozco bien.
REY. A mozuelas embaidoras
tal vez.
QUEV. Yo...
REY. Sed mas sincero;
no midais por un rasero
á justas y á pecadoras.
QUEV. Desgracia mia será...
Cada cual acá en Iberia
habla, señor, de la feria
segun en ella le va.
No espere en noble conquista
las rosas de Citeréa

un pobre hidalgo de aldea
corto de bolsa y de vista;
mas príncipe tan bizarro,
y emprendedor como Jove,
no es mucho que á Vénus robe
las palomas de su carro.
Quien caza con tales redes
no es mucho que al lauro aspire,
ni que virtudes inspire
el que derrama mercedes.

REY. No es triunfo de buena ley
triunfo que estriba en un nombre;
que tal vez usurpa el hombre
los lauros que ciñe el rey.

QUEV. No el que merece *in utroque*
como vos...

REY. Lisonja.

QUEV. No.
Pero un pobre como yo,
que no soy ni Rey ni Roque...

REY. ¿Por qué teneis tanto miedo,
por qué tan mala opinion
de la mujer? — ¡Ah!... ¡Chiton!
Casado fuisteis, Quevedo.

QUEV. Permitidme repeler
ese punzante epigráma;
que mi esposa fué muy dama
y muy honrada mujer.

REY. Lo sé.

QUEV. A no serlo...

REY. Advertid
que es chanza...

QUEV. Muerto la hubiera,
como maté á la pantera
que fué terror de Madrid.
Mas si en su justa alabanza
mi fe nupcial se acrisola,
ella al fin era *una sola*...
¡y se llamaba *Esperanza!*
Muerta la *Esperanza* mia,
¿dónde, plebeya ni hidalga,
dónde hallar otra que valga
lo que mi esposa valía?

REY. Sí tal, si se buscan bien
y se juzgan sin pasion.

No ha de faltar ocasion,
si vivis y yo tambien,
en que confesar os haga...

QUEV. Muy difícil me parece.

REY. Pero...

QUEV. Me quedo en mis trece.
La mujer es una plaga...
Vuelvo á mi corregidor
y á su constante refran.
Si malas nuevas me dan,
sintiendo al punto el olor
de alguna toca traidora,
de alguna pícara saya,
diré *¿quién es ella?*

UN UGIER. (*A la puerta del foro.*) El aya
de la Infanta mi Señora.

QUEV. (*En voz baja.*)
¿Será agüero?.. ¡Ojo avizor!

REY. (*Al Ugier y este se retira.*)
Que entre.
(*A Quevedo.*)
¿Qué puedo temer
de ella?

QUEV. ¡Qué sé yo!... Es mujer.

COND. (*A la puerta.*)
Dios guarde al Rey mi Señor.

ESCENA II.

El REY, QUEVEDO, *La* CONDESA.

REY. Entrad, querida Condesa.
Bella venís y radiante
como nunca.

COND. No merece,
Señor, quien tan poco vale
ese halagüeño saludo.
Viuda..

REY. Pero muy amable.
Yo apuesto á que Don Francisco
es de mi propio dictámen.

COND. Perdida soy si él me juzga.

QUEV. ¿Por qué? ¿Tan poco galante
soy yo?
COND. Odiais á las mujeres.
QUEV. Pero adoro á las deidades.
REY. Si á pedir alguna gracia
venís á quien nada sabe
negaros, me holgara mucho
de que en ello fuese parte,
Condesa, el dulce propósito
de contraer nuevo enlace.
COND. (*Ap.* ¡Oh Dios mio!) No, señor.
Bien me estoy así.
REY. No obstante...
COND. Permitid que os manifieste
el objeto que me trae
á vuestras plantas. La augusta
Princesa, mi interesante
alumna, Doña María
Teresa de Austria, á quien guarde
Dios mil años...
REY. ¿Qué sucede?
Hablad.
COND. No se sobresalte
vuestra Majestad. La tierna
Infanta, robusta y ágil,
á sus años se adelanta
en ingenio y en donaire.
y ya, aunque niña, da muestras
de su preclaro linaje.
REY. Decidme pues...
COND. Habeis dado
licencia para casarse
á Constanza su menina,
y es fuerza que esta vacante
se provea.
REY. Sí, es verdad.
No quiero que nada falte
á mi hija.
COND. Si ya no habeis
concedido honor tan grande
á otra persona, una jóven
os propondré que rèmplace
á Constanza dignamente.
REY. No he dado palabra á nadie...
COND. (*Ap.* Albricias!)

REY. Y agravio haria,
Condesa, á vuestro carácter
de aya de mi hija, y al celo
con que la servís de madre
desde que perdió la suya,
que en eterna paz descanse,
si en cuanto cumpla á su gusto
y á su servicio dejase
de consultaros.

COND. Me honrais,
señor...

REY. ¿Quién es la aspirante?

COND. Una pobre huerfanita
honrada, de noble sangre,
bien educada, modesta...

QUEV. ¿Y hermosa?

COND. ¡Oh! sí, como un ángel...
(*Ap.* ¡Por mi desgracia... y la suya!)
Mas no es esto lo que la hace
recomendable á mis ojos...

REY. ¿Por qué no? Un bello semblante
siempre es buena credencial.
Tierno y solícito padre,
quiero que á mi niña amada
acaricien y acompañen
ángeles que la sonrian,
y no cocos que la espanten.

COND. Es hija de un capitan
que fué reformado en Flándes,
y víctima del protervo
Conde-Duque de Olivares,
murió en la miseria.

QUEV. ¿Oís?
Con él era un santo el Draque.—
Mas no supo, por lo visto,
que habia una bella al márgen;
que á saberlo, ¡á buen seguro
que se hubiera muerto de hambre
el reformado! — Y ¿qué luz
os condujo al miserable
tugurio donde ignorado
se escondia ese diamante?
Sin duda la caridad
cristiana...

COND. El acaso... (*Ap.* El áspid

de mis celos.) Me habló de ella
un prelado respetable...

REY. En fin, vos la proponeis,
y para que á mí me agrade,
con eso basta.

COND. Sabiendo
que nunca se acude en balde
de vuestra régia piedad
al tesoro inagotable,
traigo conmigo á la huérfana...

REY. ¡Oh, hacedla entrar al instante!

ESCENA III.

El REY. QUEVEDO.

QUEV. ¡Hum!... Aquí hay gato encerrado.

REY. ¿Eh?

QUEV. Quiera Dios que me engañe.

REY. No delireis. ¿Qué misterio
cabe...

QUEV. Dios y ella lo saben.

ESCENA IV.

El REY. QUEVEDO. *La* CONDESA. ISABEL.

COND. Andad. No os turbeis.

REY. (*Ap* ¡Qué hermosa!)
Llegad.

ISAB. Señor! vuestros piés. .

REY. Alzad. (*Ap.* ¡Cielos!)

QUEV. (*Aparte con el Rey.*)
¡Bella es!

REY. ¡Un querubin! ¡Una diosa! —
Mil y mil gracias os doy
y os las dará la Princesa
por tal presente, Condesa.

COND. (*Ap.* Me vengaré.)

REY. (*Ap.* ¡Loco estoy!)

COND. Nunca yo me interesara
por quien ménos mereciera

REY. (*A Isabel.*)
Sereis desde hoy camarera
de la Infanta. (*Ap.* ¡Oh linda cara!)

ISAB. Beso por tan alto honor,
de que no me juzgo digna,
la augusta mano benigna...
(*El Rey tiende su mano.*)

COND. (*A Isabel en voz baja.*)
Besadla.
(*Isabel se arrodilla y besa respetuosamente la mano del Rey.*)

REY. (*Ap.* ¡Oh gentil pudor!)

ISAB. Mi gratitud...

REY. (*Ap.* ¡Es divina!)

QUEV. (*Ap.* Esto es hecho. ¡Una de tantas!)

REY. Mas no estás bien á mis plantas.
(*Haciéndola levantar.*)
Alza á mis brazos, menina.
A las hijas de mis buenos
servidores no es razon
humillar.

QUEV. (*Ap.* Y cuando son
tan bonitas, mucho ménos.)

ISAB. No en vano el timbre ha adquirido
vuestra excelsa Majestad
de amparo de la humildad
y padre del desvalido.
Si solo el mio en su muerte
honra y virtud me dejó,
no fué culpa vuestra, no,
sino de su mala suerte.
Sin ningun merecimiento
premiais los suyos en mí
para cautivar así
mi eterno agradecimiento.
Nada valgo, nada sé:
niña me llama á la corte
vuestra bondad, sin mas norte
que la lealtad de mi fe;
mas me infunde tal aliento
y tan pura os la consagro,
que quizás haga el milagro
de ilustrar mi entendimiento.

REY. No es menester, que harto brilla
al traves de ese candor
dulce, inefable...

ISAB. ¡Señor!

REY. ¿Tu nombre?

ISAB. Isabel Marcilla.

REY. (*A la Condesa.*)
Presentadla (*ap.* es un portento)
á mi hija (*ap.* el pecho me abrasa);
y de hoy mas tenga en mi casa
vivienda y acostamiento.

ISAB. (*Ap.* ¡Al fin, bien del corazon,
Dios...)

COND. Venid.

REY. Guárdeos el Cielo.
(*Aparte á la Condesa.*)
Yo premiaré vuestro celo.

COND. (*Despues de una reverencia muda.*)
(¡Celos!... ¡Desesperacion!)
(*Entra con Isabel en el cuarto de la Infanta.*)

ESCENA V.

El REY. QUEVEDO.

REY. ¿Visteis jamás, Don Francisco,
tan peregrina belleza?

QUEV. ¡Alhaja digna de un rey!
Recibid mi enhorabuena.

REY. Bien la quisiera aceptar,
que aquellos ojos me queman;
pero que ha de ser recelo
virtuosa cuanto bella
la menina.

QUEV. ¡Ba! Es mujer.
Dádivas quebrantan peñas.

REY. Con todo ..

QUEV. Y no sin designio
la trajo aquí la Condesa.

REY. ¿Qué designio?

QUEV. No lo sé;
pero el refran nos lo enseña,
«piensa mal y acertarás»

REY. Jóven de tan altas prendas,
si fuese el aya ambiciosa,
no á Palacio la trajera,
donde puede sin esfuerzo
disputarle la influencia.
QUEV. De lo que el alma presiente
aun no puedo darme cuenta:
pero mujer que por otra
mas hermosa se interesa,
preciso es que la ame mucho...
ó que mucho la aborrezca.
REY. ¡Siempre siniestro y fatídico!
¿Sois Quevedo, ó sois corneja?
QUEV. Soy, señor, un pobre viejo...
REY. Que algunas veces chochea.
QUEV. Puede ser.
REY. Cuando á mis ojos
luce tan fúlgida estrella
¿qué puedo yo presagiar
que dicha y placer no sea?
QUEV. Lo que fuere sonará.
Cada loco con su tema;
vos con la de amar á todas;
yo con la de *¿quién es ella?*
REY. Basta ya de este certámen;
no porque duda me quepa
de que saldrá mi opinion
vencedora de la vuestra,
sino porque ahora me llama
¡triste de mí! la tarea
prosáica de oir consultas
y sancionar providencias.
¡Qué peso el de una corona!...
Adios, inclito poeta.
(Vase por la puerta de la izquierda, mas inmediáta al proscenio.)

ESCENA VI.

QUEVEDO.

Sí, Rey Felipe; es verdad:
grave peso es la diadema;
mas ¿qué te importa? Otros hombros,
no los tuyos, la sustentan.
Y por cierto que no son
los de Atlante. Así (¡oh vergüenza!)
para equilibrar la carga
con su raquitica fuerza,
perdiendo cada año un reino
la monarquía aligeran.
Tú reinas, cuarto Felipe;
pero el diablo nos gobierna.
¡Oh patria!

UN UGIER. (*A la puerta del foro.*) Por vos pregunta
Don Gonzalo de Aguilera.

QUEV. Que entre.

UN UGIER. Pasad.

ESCENA VII.

QUEVEDO. GONZALO.

QUEV. Bien venido,
Gonzalo.

GONZ. A vuestra obediencia
siempre.

QUEV. (*Mostrando el memorial.*) Albricias. En la mano
te tengo. Desde esta fecha
eres todo un contador
de alcabalas. Solo resta
extender la credencial,
y si me das tu licencia,
voy...

GONZ. Os deberé mi dicha.

QUEV. Si tan poco te contenta...
Mas quien pretenda en Palacio

ande listo y viva alerta.
Vuela el tiempo y. . Ya hablaremos
mas despacio. Aquí me espera.
(*Vase por la puerta de la izquierda, inmediata al foro.*)

ESCENA VIII.

GONZALO.

¡Oh amigo el mas generoso!
En el alma tendré impresa,
miéntras viva, la bondad...

ISAB. (*Dentro.*)
Ya os sigo.

GONZ. ¿Qué voz resuena
en mis oidos?
(*Mirando hácia el cuarto de la Infanta.*)
Allí...
(*Sale doña Mencía y un momento despues Isabel.*)
(¡Ah! Deliraba. ¡Una dueña!

ESCENA IX.

GONZALO. ISABEL. DOÑA MENCÍA.

MENC. Vereis qué lindo es el cuarto.

GONZ. (*Ap.* ¿Con quién habla?.. ¡Oh Dios! ¡Es ella!
¿Cómo?...)
(*Se oculta tras de una mampara.*)

MENC. Vais á estar en él
mejor que una archiduquesa.

GONZ. (*Ap.* ¡Y esas galas...)

ISAB. Mi nodriza....
Digo mal, mi compañera,
mi única madre...

MENC. Vendrá:
no os inquieteis por su ausencia.
Una amiga en mí entretanto
tendreis... (*Ap.* Una centinela.)
Y os darán autoridad

estas tocas reverendas.

GONZ. (*Ap.* ¿Será sueño? Dudo... Tiemblo...)

MENC. Allí irá luego, hechicera,
vuestra ilustre protectora.

GONZ. (*Ap.* ¡Oh! Si mil vidas me cuesta,
sabré...)

MENC. Venid.

GONZ. (*Saliendo de donde está oculto.*) ¡Isabel!

ISAB. (*Retrocediendo desde la puerta del foro.*)
¡Cielos!

MENC. ¿Quién llama? ¿Quién llega?

ISAB. ¡Gonzalo!

MENC. (*Ap.* ¿Un galan?) Hidalgo,
advertid...

ISAB. ¡Dulce sorpresa!

GONZ (*Ap.* ¿Qué haré?...)

MENC. Pero aquí ..

GONZ. Es mi hermana.

ISAB. (*Ap.* ¿Por qué lo dirá?)

MENC. (*A Isabel.*) ¿Es de veras?

ISAB. Sí.

GONZ. Permitidme que la hable
dos palabras.

MENC. (*Ap.* Cuando él entra
en la cámara real,
sin duda...)

ISAB. ¡Un momento!

MENC. Sea.

(*Gonzalo é Isabel se separan de doña Mencía y hablan á media voz.*)

GONZ. ¿Cómo tú en la corte,
dulce prenda mia?

ISAB. Amor es el norte
que mis pasos guia.
Ya ¡oh mi fiel amigo!
ya ¡oh mi caro dueño!
el astro enemigo
depone su ceño

GONZ. ¡Ay! Temo, y no en vano,
que ahora nos sea
mas triste y tirano
que nunca.

ISAB. ¡Qué idea!
Felipe...

GONZ. ¡Qué escucho!

ISAB. Mi orfandad ampara
piadoso...
GONZ. ¿Qué mucho
si ha visto tu cara?
ISAB. No, que ántes de verla,
sensible á mi lloro...
GONZ. ¡Faltaba esta perla
al régio tesoro!
ISAB. En mí desagravia
al padre ofendido,
que mísero...
GONZ. (*Ap.* ¡Oh rabia!)
ISAB. Murió en el olvido.
GONZ. Mas libre y sin mengua.
ISAB. ¿Y acaso mi frente...
GONZ. ¡Oh corte! La lengua
del vulgo no miente.
ISAB. ¡Ay Dios! No comprendo ..
¿Por qué... (*Gonzalo retira algo mas á Isabel.*)
MENC. (*Ap.* Conceptúo
que ya se vá haciendo
muy largo ese duo.)
GONZ. Todo aquí es falacias:
son males los bienes;
afrentan las gracias
y honran los desdenes.
¡Hubiérasme dicho
que el Rey te llamaba!
Mas ¿por qué capricho
callármelo?
MENC. (*Adelantándose.*) ¿Acaba?
GONZ. (*En ademan de suplicarla que se retire, y ella lo hace, aunque á ménos distancia.*)
Sí.
ISAB. Dábanme prisa...
GONZ. ¡Oh!
ISAB. ¿Quién á Palacio
cuando el Rey le avisa
camina despacio?
Y, por otra parte,
mi alma no recata
que holgaba de darte
sorpresa tan grata.
GONZ. Grata no; ¡siniestra!
MENC. (*Ap.* ¡Tanto cuchicheo!..)

ISAB. ¿Por qué? El Rey me muestra
tanto amor...
GONZ. ¡Lo creo!
ISAB. No tuerzas la vista.
¿Acaso te espanta
una camarista
de la Real Infanta?
¿Será que te pese
quizá..!
GONZ. ¡Oh Dios eterno!
MENC. (*Ap.* Mucho amor es ese
para ser fraterno.)
GONZ. ¡Oh lazos traidores!
¡Oh cándido seno!...
La sierpe entre flores
esconde el veneno.—
¿Quién así te aliña
que á reinas te igualas?
¿Quién te abruma, niña,
con joyas y galas?
ISAB. ¡Cómo! ¿Esto te aflige?
La que me las puso
dijo: así lo exije
la etiqueta.... el uso...
GONZ. Así ¡oh desventura!
para el sacrificio
su víctima pura
engalana el vicio.
¡Cuánto era á mis ojos
mas lindo y apuesto
sin tales sonrojos
su traje modesto!
¿Qué adornos previene
la rosa del valle?
¿Qué falta á quien tiene
tu rostro y tu talle?
MENC. (*Ap.* Daré el soplo, que eso
ya pica en historia.)
GONZ. (*A Isabel que está pensativa.*)
¡Callas!
MENC. (*Ap.* Lo confieso:
el chisme es mi gloria.)
(*Entra de puntillas en el cuarto de la Infanta. No lo advierten Gonzalo ni Isabel.*)

ESCENA X.

Gonzalo. Isabel.

Isab. ¿Por qué tan sombrío?...
Mi pecho ¿ no te ama?
¿Qué arriesgo...
Gonz. ¡Ay bien mio!
Mi vida y tu fama.
Isab. Pero ¿qué sospecha...
Gonz. El Rey te pretende.
La envidia te acecha,
la infamia te vende.
Isab. Justo el Rey...
Gonz. ¡Blasfemia!
Isab. Sin que yo lo exija,
á mi padre premia...
Gonz. ¡Burlando á la hija.
Isab. ¡Oh Dios!..
Gonz. Para afrenta
suya y del Estado,
mas amigas cuenta
que años de reinado.
Isab. Nadie á mí me ultraja:
mi fe me defiende:
nadie compra alhaja
que el dueño no vende.
Gonz. ¡Ay prenda querida!...
Isab. De indignos proyectos
yo....
Gonz. En tierra embebida
de miasmas infectos,
con solo el ambiente
la espiga se daña,
se enturbia la fuente
y el vidrio se empaña.
Basta á que te crea
perdida ¡ay de mí!
que Madrid te vea
tan linda... ¡y aquí!
Isab. ¡No! A mi pobre asilo,
á mi pobre lecho

tornaré, y tranquilo
latirá mi pecho.

GONZ. ¿Qué mano traidora
te trajo ¡oh mi bella!...

ISAB. No sé... Una señora ..
(*Aparece la Condesa saliendo del cuarto de la Infanta.*)

GONZ. ¿Quién...

ISAB. ¡Mírala! Aquella.

ESCENA XI.

ISABEL. GONZALO. *La* CONDESA.

GONZ. ¡La Condesa! ¡Horror!

COND. ¡Gonzalo!

GONZ. Sí. ¡Al Rey procurais delicias!
¿Cuánto os valen las albricias
de vuestro inícuo regalo?

ISAB. ¡Oh Dios!...

COND ¡Me insultais así!
(*Mirando á Isabel con encono.*)
Ya veo el móvil oculto.

GONZ. Yo á quien desprecio no insulto.

ESCENA XII.

ISABEL. GONZALO. *La* CONDESA. DON ALVARO.

Llega don Alvaro por la puerta de la izquierda frontera al cuarto de la Infanta.

ALV. ¿Quién alza la voz aquí?

GONZ. Yo, que á nadie pago feudo,
y mas si su nombre infama.

COND. ¡Gonzalo!

ALV. ¡Mirad que es dama!
¡Mirad que yo soy su deudo!

GONZ. ¡Gracias!... Sangre ha menester
mi agravio, y la vuestra quiero;

que no ha de manchar mi acero
la sangre de una mujer.
(*Desenvaina la espada.*)
¡ Defendeos !

ISAB. ¡Tente!

COND. ¡Espera!

ALV. (*Desenvaina la suya y lidian los dos.*)
No ha de sufrir mi valor...

ISAB. ¡Gonzalo! ¡Mi bien! ¡Mi amor!

COND. (*A Isabel.*)
¡ Calla!

GONZ. (*Siguiendo á don Alvaro, que peleando se retira hácia el foro*)
¡ Huyes !

COND. ¡Suerte fiera!
(*Doña Mencía y algunas damas salen del cuarto de la Infanta.*)

GONZ. En vano...
(*Desviando á la Condesa que intenta detenerle, y desapareciendo por el foro en seguimiento de don Alvaro.*)
¡ Apartad !

COND. ¡Cruel!

ALV. (*Dentro.*)
¡Muerto soy!

COND. ¡ Favor!... ¡Piedad!
(*Vase corriendo por el foro.*)

ISAB. ¡ Yo muero!
(*Se desmaya en brazos de dos damas que acuden á sostenerla. Aparece el Rey por la puerta izquierda del proscenio: le siguen ocho alabarderos. Otros y algunos Ugieres, Gentiles hombres, etc., llegan por la otra puerta del mismo lado.*)

ESCENA XIII.

ISABEL. DOÑA MENCÍA, DAMAS. *El* REY. ALABARDEROS. GENTILES HOMBRES. UGIERES, *etc. Luego* GONZALO. *Despues* QUEVEDO.

MENC. ¡Su Majestad!

REY. ¿ Qué es esto ? — ¡ Oh cielo! ¡Isabel!

GONZ. (*Volviendo, y todavía con la espada desnuda.*)
Vengué...

MENC. (*Llamando la atencion del Rey hácia Gonzalo.*)
¡ Allí está el agresor !

QUEV. (*Con la credencial en la mano.*)
¡Armas ! ¡Gritos ! ¿Quién es *ella* ?

REY. ¡Socorred á esta doncella!

QUEV.
GONZ. } ¡Ah !

REY. ¡Prended á ese traidor !

(*Los alabarderos se apoderan de Gonzalo. El Rey, y todo el acompañamiento acuden al socorro de Isabel. Quevedo queda solo, contemplando con maligno gesto el cuadro que le rodea.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.





ACTO III.

Sala de tránsito en la torre del Real Alcázar. A la derecha la puerta de la alcaidía: á la izquierda la del calabozo que ocupa Gonzalo. Pende del techo una lámpara encendida.

ESCENA I.

QUEVEDO. *El* ALCAIDE.

ALC. Sois amigo mio y sois
Don Francisco de Quevedo:
nada puedo yo negar
á tan noble caballero.
(*A un carcelero que le sigue.*)
Abrid aquel calabozo
y salga á esta sala el preso.
(*El carcelero abre la puerta de la izquierda y entra en el calabozo.*)

QUEV. Haceisme mucha merced
y en el alma os lo agradezco.
ALC. Quien aquí os deja abrazarle
bien quisiera á vuestro afecto
entregarle indemne y libre;
pero convicto y confeso
Don Gonzalo de tan grave
delito...
QUEV. Lo sé.
ALC. No espero...
QUEV. Ya sale. Dejadme á solas
hablar con él un momento.

ESCENA II.

QUEVEDO. GONZALO.

(*Se abrazan.*)

GONZ. ¡Oh mi protector! ¡Mi amigo!
QUEV. ¡Gonzalo!
GONZ. No es tan adverso
el astro que me persigue,
pues me concede el consuelo
de abrazaros.
QUEV. (*Ap.* ¡Pobre jóven!)
Quisiera ser mensajero
de nuevas mas venturosas,
Gonzalo. El herido ha muerto,
y era de linaje ilustre,
y en palacio es sacrilegio
el homicidio. No obstante,
quizá logren mis esfuerzos
salvar tu vida, si pruebas
que desnudaste el acero
por defenderla.
GONZ. Yo fuí
quien el combate sangriento
provocó.
QUEV. ¿Cuál fué la causa?
GONZ. Una dama.
QUEV. ¡Ah! mi proverbio
es infalible. ¿Era acaso
aquel hermoso portento

que un desmayo...

GONZ. Aquella era
mi Isabel, mi bien, mi cielo.

QUEV. ¿Y Don Alvaro el rival
sacrificado á tus celos?

GONZ. No. Agravios de otra mujer,
que en ella vengar no puedo,
satisfizo con su sangre.

QUEV. (*Ap.* ¡Son dos las que entran en juego!)
¡De otra mujer!

GONZ. La Cóndesa...

QUEV. ¿El Aya?...

GONZ. Sí.

QUEV. Ahora recuerdo...
Ella presentó á Isabel...
Don Alvaro fué su deudo...

GONZ. Rubor me cuesta decirlo;
pero ya ningun respeto
debo á esa aleve mujer,
de cuyo insano despecho
es blanco infeliz el ángel
que llevo en el alma impreso.
Su amor osó descubrirme,
y fiel á mis juramentos,
yo que á grandezas no aspiro...

QUEV. Basta: todo lo comprendo.
Solo una mujer celosa
concebiria proyecto
tan horrible. ¡Oh! y por desgracia
el tiro ha sido certero.

GONZ. ¿Qué decís?

QUEV. ¡Eres perdido!

GONZ. ¡Cómo!

QUEV. Felipe está ciego,
loco de amor por tu bella
Isabel.

GONZ. ¡Oh Dios!

QUEV. Y temo...

GONZ. Terrible competidor
es todo un Rey; lo confieso;
pero la fe de mi hermosa,
que es de virtudes modelo,
me tranquiliza.

QUEV. ¡Ay Gonzalo!
No fies en ese sexo

vano, frágil y voluble.
Pero atendamos primero
á tu salvacion. En tanto
que tu amor sea un secreto
para el Rey, no es imposible
romper, Gonzalo, tus hierros.
Ya le he pedido tu gracia,
se la pediré de nuevo,
lucharé contra el influjo
de la Condesa, y no pierdo
la esperanza..

GONZ. ¡Oh detestable
mujer, que abortó el infierno
para amargar mi existencia!
vierte en mí solo el veneno
de tu implacable rencor;
lave mi sangre el desprecio
con que herí tu altivo orgullo,
pero ¿qué agravio te ha hecho
la rosa cándida y pura
que inficionas con tu aliento?
Dejadme, amigo y señor,
agobiado bajo el peso
de mi cruel infortunio.
Si honra y amor me hacen reo,
ántes que el fiero verdugo
me matará mi tormento.
¿Qué es ya para mi la vida?
¿Qué es la libertad, si léjos
he de vivir de mi amada?

QUEV. Vive, que aun eres mancebo,
y Dios es grande, y no está
reducido el universo
á una aya y una menina;
y tras del turbio aguacero
suele amanecer radiante
el sol: *post nubila Phœbus.*
Vive ocho dias siquiera,
no puedo pedirte ménos.
Ese plazo basta y sobra
para saber si el objeto
de tu acendrado cariño
merece el alto trofeo
de que apresures por ella
de la vida el breve término,

como si al mundo faltaran
doctores, suegras y pleitos.

ESCENA III.

QUEVEDO. GONZALO. EL ALCAIDE.

ALC. (*A Gonzalo.*)
Con real salvoconducto
una dama quiere veros.
QUEV. ¡Buen presagio!.,. ¿*Quién es ella?*
ALC. No sé. Trae echado el velo.
GONZ. (*Aparte con Quevedo.*)
¿Será... Isabel?
QUEV. ¿Quién lo duda?
¡Y aun te quejarás!
GONZ. Yo tiemblo.
QUEV. Para tí el primer favor.
¡Oh!
GONZ. Será si yo lo acepto.
QUEV. ¿Por qué no? ¡La libertad!
No averigües á qué precio
te la compra.
GONZ. ¡Ella en mi cárcel!
ALC. ¿Qué respondeis?
GONZ. Que me niego
á recibirla.
QUEV. ¿Estás loco?
¿Qué vas á perder por eso?
(*Al Alcaide.*)
Que entre.
GONZ. ¡No!—Pero ¿qué digo?
Quiero saber si son ciertos
mis temores; quiero ver
si con el rostro sereno
se atreve... Que entre esa dama.
(*Vase el Alcaide.*)
QUEV. Bien: dila mil improperios
si es preciso; pero acepta.
GONZ. ¡Aceptar!...
GONZ. Del lobo un pelo.
Yo miéntras dura la plática
me ocultaré en tu aposento.

GONZ. ¡Allí!...
QUEV. ¡Ba! En un calabozo
estoy yo como en mi centro.
(*Entra por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA IV.

GONZALO. *La* CONDESA.

GONZ. ¿Será el Rey tan generoso
que sacrifique á los fueros
del honór y la justicia
la pasion...
(*Viendo á la Condesa, que al entrar se alza el velo.*
¡No es ella! ¡Cielos!
COND. ¡Mi visita os sorprende!
GONZ. Me sonroja.
COND. Yo...
GONZ. ¡Accion digna de vos! ¡Rasgo eminente!
¿Venís á escarnecerme en mi congoja?
Faltaba esta corona á vuestra frente.
COND. Mal me juzgais, Gonzalo. Por desgracia
Dios no me ha dado corazon de fiera.
GONZ. ¡A mi me lo decís!... ¡Oh infame audacia,
que ni de vos, señora, la creyera!
COND. Culpable fuí; mas vuestro bien anhelo
más que el mio: á Dios pongo por testigo.
GONZ. Bien que venga de vos será mi duelo;
¡tanto es lo que os detesto y os maldigo!
COND. En buen hora. Era flecha mas aguda
al alma que por vos solo respira,
aquella indiferencia helada y muda
que vuestra maldicion y vuestra ira.—
Mas vuela el tiempo. El Rey lo sabe todo
y es temible rival.
GONZ. ¡Mujer malvada!
Vos...
COND. No: os lo juro.
GONZ. ¡Oh Dios! Y ¿de qué modo...
COND. Aquel retrato...
GONZ. ¡Ay prenda idolatrada!
Al conducirme aquí, bárbara mano
me lo arrancó del pecho.
COND. El Rey lo tiene...

GONZ. ¡Oh desesperacion! ¡Oh rey tirano!
COND. ¡Callad!
GONZ. No hay fuerza que mi labio enfrene.
COND. (*Bajando la voz.*)
¡Ah, que os perdeis! ¡Callad, por vuestra vida!
Yo os sacaré de aquí libre y seguro.
Esta noche á las doce... Seducida
tengo á la guardia, y allanado el muro.
QUEV. ¡Qué oigo! Vos...
COND. Un caballo mas que el viento
veloz, y gente fiel que os guie y guarde,
os previene mi amor, y oro sin cuento...
GONZ. ¡Oh! muy vil me juzgais y muy cobarde.
Ya lo he dicho; de vos solo la muerte
me fuera grata.
COND. Mas si al cielo plugo
que por mí te persiga adversa suerte,
¿haré mucho en librarte del verdugo?
No mi don te avergüence y te sorprenda
que no es merced la que de mí recibes;
es de mi expiacion la justa ofrenda.
¡Oh! ¡máteme mi angustia si tú vives!
GONZ. ¿Guardara yo esta vida que aborrezco,
á expensas de otra vida... aun de la vuestra?
COND. ¿No soy yo sola quien morir merezco?
¿No es mi suerte mas dura y mas siniestra?
GONZ. ¿Ó pretendeis que, á fuer de agradecido,
conmigo os lleve prófugo y errante...
COND. No. Sepulta por siempre en el olvido
á esta mujer funesta y delirante.
Bien que mi voz sin tregua al cielo sube
por tí implorando al Todopoderoso,
yo soy la oscura procelosa nube
que eclipsó de tu dicha el sol hermoso.
Si supiera morir una y mil veces,
no turbaré tu paz fantasma horrendo;
mas tal soy, aunque ingrato me aborreces,
que ni compro venturas ni las vendo.
En pago de este amor que, mal mi grado,
hasta el crímen me lleva en su delirio,
y á no verse por tí menospreciado
mi virtud elevara hasta el martirio,
no te pido, ni esa alma que no es mia,
ni una sonrisa, ni las yertas flores
que tributa cortés galantería,

ni aun que piadoso mi infortunio llores.
Solo te pido que sin torvo ceño,
pues tú la causa de mis yerros eres,
no indigna juzgues de llamarte dueño
á la mas infeliz de las mujeres.
Pues galardon no exijo ni lo espero,
¿por qué esta alma leal tanto te enoja?
¿Por qué la abnegacion con que venero
la mano misma que de ti me arroja?
Consiente al ménos que invocando muera
tu nombre, y no tu lengua me maldiga
si tanto te amo como amar debiera
al Dios que por amarte me castiga.

GONZ. Mas mereceis que mi piedad mi encono;
pero quiero morir como cristiano.
¡Idos!... Yo os compadezco y os perdono.

COND. ¡Gonzalo!

GONZ. No os canseis, señora, en vano.

COND. ¡Oh mal haya la hora en que mi mente
de un villano designio se hizo esclava!
¿Cómo no vi en mi cólera impotente
que era inútil el crímen que intentaba?
Aunque un mar de peligros la rodea
merced á mi protervo desvarío,
no temas, no, que infiel tu amada sea
si un corazon abriga como el mio.
Alma en que está tu imágen esculpida
no puede codiciar mayor tesoro;
y ¿qué no hará la que se ve querida
si triste y desdeñada yo te adoro?
¡Ah! ¡Perdon! ¿Qué te importa mi amargura
ni que mi rostro inflame la vergüenza?
¡No mas! Todo lo inmolo á tu ventura.
Sálvate, y vive... y mi enemiga venza!
Vive, sí... ¡para ella! Industria el cielo
y poder me dará y ánimo fuerte
con que á los dos, miéntras su oscuro velo
tienda la noche lóbrega, os liberte.
Sí, yo misma, yo misma, aunque á mi cuello
sean dogal vuestros nupciales lazos,
robaré de tu amor el ángel bello
y de mis brazos pasará á tus brazos.

GONZ. ¡Jamás, jamás. Merece ese heroismo
que otra vez os respete y os estime;
mas fuera en mí vileza y egoismo

aceptar sacrificio tan sublime.
CONDE. Fatal obstinacion! No sacrificio;
deuda es sagrada que pagaros debo.
El cielo un dia premiará propicio...
GONZ. ¡Jamás! ¡Idos! Huiré...
(Va á entrar en el calabozo, y saliendo Quevedo le detiene.)

ESCENA V.

La CONDESA. GONZALO. QUEVEDO.

QUEV. ¡Tente, mancebo!
COND. *(En ademan de cubrirse el rostro.)*
¡Quevedo!
QUEV. No te turbe mi presencia,
generosa mujer. Muchas la historia
recordará que imiten tu demencia,
ninguna que así vuelva por su gloria.
Yo tambien, lo confieso, te execraba,
y ya solo besar tu planta puedo.
¡Grande debes de ser cuando te alaba,
te admira Don Francisco de Quevedo!
(Aparte con la Condesa, mostrando á Gonzalo que sombrío y meditabundo, se ha dejado caer sobre un escaño.)
Pero la noche avanza; el tiempo corre.
Su vida, si por vos no la recobra,
peligra...
COND. ¡Ah! Sí.
QUEV. Sacadle de esta torre.
No dejeis incompleta vuestra obra.
COND. ¿Que haré? El rehusa...
QUEV. En mí de un tierno amigo
de un padre oirá la voz sincera y blanda.
Volad... Si persuadirle no consigo,
salvadle á su pesar. ¡Dios os lo manda!

ESCENA VI.

GONZALO. QUEVEDO.

QUEV. ¿Cómo has sido tan cruel?
¿En qué humano corazon
cabe pasion...
GONZ. Su pasion
me pierde y pierde á Isabel.
QUEV. Su humilde arrepentimiento
salvar anhela á los dos.
GONZ. No hubiera ofendido á Dios,
y ahorrara el remordimiento.
QUEV. Yerro de amor no desdora,
y pues con tanta hidalguía
lo repara...
GONZ. ¿Es culpa mia
si á otra el corazon adora?
Harto es trocar mi desvío
en piedad de su dolor;
mas porque admire su amor,
¿he de renunciar al mio?
QUEV. ¿Quién pide tal, insensato!
¿No sacrifica á tu gusto...
GONZ. No recibirlo es mas justo
que ser á un favor ingrato.
Solo con mi amor podria
pagar el de esa mujer,
y á ella no quiero deber
lo que por ella no haria.
QUEV. ¡Oh! ya te pasas de estóico.
Y ¿sabes tú, desdichado,
si tendrá tu dueño amado
un coràzon tan heróico?
GONZ. ¿Lo dudais?
QUEV. Yo me holgaria
de tener tanta fortuna
que topase á falta de una,
con dos Fénix en un dia.
Mas, si la verdad te digo,
en tales manos cayó

y ella es tan niña .. que... no
las tengo todas conmigo.

GONZ. Si ella falta á la promesa
que me hizo con tanta fe,
en trance tal volveré
mis ojos á la Condesa...

QUEV. ¿Para amarla? Harias bien.

GONZ. No, para imitar su ejemplo
y alzar á mi dama un templo,
aunque llore su desden.

QUEV. ¿Tú seguirias la huella
de la Condesa aunque ..

GONZ. Sí.
¿Censurariais en mí
lo que celebrais en ella?

QUEV. A todo el que así me arguya
llamaré loco de atar.
¡Por cierto que es singular
metafísica la tuya!
¿Por qué, como el aya triste,
dar con tu razon al traste?
¿Qué palabra la empeñaste?
¿Qué juramento la hiciste?
Ella se prendó de un hombre
que si fué sordo á su arrullo,
humillar podrá su orgullo,
pero no afrenta su nombre.
¿Se dirá tal de tu bella?
Amala fiel en buen hora;
pero si la amas traidora,
amas tu deshonra en ella.

GONZ. Su fe...

QUEV. Bien: no la denigro;
mas de amparo necesita:
no se lo niegues. Quien quita
la ocasion quita el peligro.
A una jaula te sentencio
si no triunfa la razon
de esa extraña obcecacion,
de esa...
(Bajando la voz.)
El Alcaide! Silencio.

ESCENA VII.

GONZALO. QUEVEDO. *El* ALCAIDE.

ALC. (*Ap.* ¡Desgraciado!)
QUEV. La tristeza
se pinta en vuestro semblante.
¿Qué nueva...
ALC. ¡Cruel instante!...
(*A Gonzalo.*)
Armaos de fortaleza.
GONZ. Hablad. La enemiga suerte
no postrará mi valor.
QUEV. ¿Desterrado...
ALC. No. ¡Ay dolor!
Está condenado á muerte.
QUEV. ¡Ah!
GONZ. Dios oyó mi plegaria.
QUEV. ¡Inícua condenacion!
ALC. Compete su ejecucion
á la justicia ordinaria.
Venid.
GONZ. ¿Dónde?
ALC. Se os traslada
á la cárcel de la Villa.
QUEV. (*Ap.* ¡Salud al Rey de Castilla!
¡Su gloria será colmada!)
(*Abrazando á Gonzalo.*)
¡No hay ya esperanza, hijo mio!
ALC. Si inexorable la ley
le condena, aun puede el Rey
revocar su fallo impío.
Si le hablais con interés...
QUEV. ¿Lo dudais? Sí, sí: no en vano
quizá mi cabello cano
será alfombra de sus piés.
GONZ. Mas recto juez, mas tremendo
falla arriba entre los dos.
No os humilleis sino á Dios,
Dejadme triunfar muriendo.
QUEV. No quiero yo tu baldon.
Corre á morir con denuedo;

mas no estorbes á Quevedo
cumplir con su obligacion.

GONZ. ¡Oh adorada prenda fiel!
Suplicio, yo te bendigo
pues va á la tumba conmigo,
el corazon de Isabel.—
Amparad vos su virtud,
¡pues no puedo hacerlo yo!...

QUEV. (*Enjugándose las lágrimas.*)
¡Basta!

ALC. Vamos...

QUEV. Guiad.
(*Siguiendo al Alcaide con el brazo sobre los hombros de Gonzalo.*)
¡Oh
malograda juventud!

FIN DEL ACTO TERCERO.





ACTO IV.

La decoracion del acto segundo. Sigue la noche.

ESCENA I.

El REY. QUEVEDO.

REY. Don Francisco, no os canseis;
holgárame de serviros;
mas la ley...

QUEV. Sus pocos años,
su inexperiencia...

REY. Repito
que en vano me importunais.

QUEV. Recordad, señor, que es hijo
de un valiente que perdió
la vida en vuestro servicio.

REY. De otro servidor leal
me priva, muerto á los filos
de su espada.

QUEV. Ya la parte
del difunto, á ruego mio,
le ha perdonado.

REY. ¿Qué importa,
si reclama su suplicio...

QUEV. ¿Quién?

REY. La pública vindicta,
la inmunidad de este asilo,
mi ultrajada majestad.

QUEV. Señor, no pierde su brillo
una testa coronada
por usar de su mas digno,
su mas grato privilegio;
el de perdonar. Si el grito
oís de ese corazon,
naturalmente benigno,
seguireis el alto ejemplo
de los Trajanos y Titos...

REY. Ya lo sigo perdonando,
por lo mucho que os estimo,
que á enojarme os arriesgueis
por defender á un amigo.
Débil mas que generoso
seré, y fábula y ludibrio
de mi reino y de mi corte,
si tan aleve homicidio
queda impune.

QUEV. No pretendo
la impunidad, solo os pido
que le perdoneis la vida,
y allá en remotos dominios
lidiando por vos expie
la culpa que ha cometido.

REY. ¡Su culpa!...

QUEV. Fué involuntaria.

REY. ¿Y no tiene mas padrino
que vos? Yo sé quien pudiera
y vos tambien, Don Francisco,
lo sabeis, con una sola
palabra romper sus grillos.

QUEV. Lo que vos y yo sabemos
pronto será conocido

de todo Madrid, señor,
y ved aquí otro motivo
para que useis de clemencia.
Si Gonzalo va al patíbulo,
no serán por esta vez
pábulo vuestros ministros
de la malicia del vulgo:
dirá que, rey vengativo,
castigais en ese jóven
su dicha, no su delito;
no al homicida alevoso,
sino al rival preferido.

REY. ¡Preferido! ¿Sabeis vos
si lo será?

QUEV. Yo no afirmo
nada: digo lo que el vulgo
dirá.

REY. ¿Dudais que mi brio,
si la régia dignidad
no mandase reprimirlo,
ahorrara á la ley su fallo
y al verdugo su ejercicio?

QUEV. No dudo. Sois caballero,
sois valiente, y por lo mismo,
pues no podeis en el campo
lidiar con vuestro enemigo,
perdonando bondadoso
á ese mísero hidalguillo
obrais como caballero
y como rey.

REY. Cuando herido
de amor late el corazon,
no está para silogismos.

QUEV. ¿Tan enamorado estais?

REY. (*Sacando un retrato y mostrándolo.*)
Ved este rostro divino.

QUEV. El de Isabel. (*Ap.* Procuremos
dar al negocio otro giro.)
La semejanza es perfecta.
Velazquez hace prodigios.

REY. No es obra suya el retrato.

QUEV. ¿Quién...

REY. Lo llevaba consigo
Don Gonzalo.

QUEV. ¿Y qué os importa,

si le habeis desposeido
de copia y original?

REY. Poco valdrá mi dominio
sin el alma de la hermosa...

QUEV. Pues ¡qué! ¿tan poco camino
habeis andado...

REY. Tres veces
desde aquel lance inaudito
se ha desmayado Isabel.

QUEV. Se desmayará otras cinco
si es forzoso.

REY. ¿Sospechais .

QUEV. Creo poco en parasismos
de mujeres.

REY. ¿Con qué objeto
recurrirá á ese artificio?

QUEV. No sé. Ella se entenderá.

REY. Yo no creo ni imagino
que un ángel pueda fingir.

QUEV. Aun siendo así, no es preciso
que el accidente proceda
de aquel amor primitivo.
Si es de fibra delicada,
basta á atribular su espíritu
el susto... Sin duda vos,
que no sois galan novicio,
al verla tan angustiada
la habreis prodigado auxilios,
consuelos...

REY. Con tal ternura,
con tan fervoroso ahinco,
que harto habré mostrado en ellos
mi adoracion, mi delirio.

QUEV. Y ¿sonreia su labio,
ó acaso con ceño esquivo...

REY. Solo á mi afan respondia
con lágrimas y suspiros.

QUEV. Mas ¿no intenta redimir
á su adorado cautivo?

REY. No le nombra.

QUEV. Para vos
puede ser ese un indicio
muy favorable.

REY. Ella ignora
que su vida está en peligro;

pero pronto lo sabrá,
y en tan grave compromiso,
pues es mujer y en su mano
está de ese hombre el destino,
veremos si saca airosa,
fallando en nuestro litigio,
vuestra opinion, ó la mia.

QUEV. Ni pongo rey ni lo quito;
pero ayudo á mi señor,
dijo Beltran; y yo digo:
Sálvese mi pobre ahijado:
de lo demas no me cuido.

REY. Yo deseo vuestro triunfo,
porque en él se cifra el mio.

QUEV. Vos siempre habreis de triunfar,
ó vencedor ó vencido.
Si Minerva os es contraria,
Amor de rosas y mirtos,
coronará vuestra sien;
y si sucumbe Cupido,
la gloria os consolará
de apellidaros invicto
campeon del bello sexo.
Mas no eclipsareis el brillo
de trofeo tan honroso,
ni agravareis mi conflicto
negando á aquel infeliz...

COND. (*Saliendo del cuarto de la Infanta.*)
Señor, si me dais permiso...

REY. Llegad.

QUEV. (*Ap.* Pues á tiempo llega
el refuerzo, me retiro.)
(*Hace una reverencia al Rey en ademan de retirarse.*)

ESCENA II.

El REY. QUEVEDO. *La* CONDESA.

COND. (*A Quevedo.*)
Quedaos. (*Quevedo se detiene.*)

REY. (*Ap.* Triste y sombría..)

COND. A quien el Rey, mi señor

da su confianza (*Ap.* ¡Ay dolor!...)
mal puedo negar la mia.

REY. ¡Suspirais!

COND. ¡Señor!

REY. ¿Cuál es
la causa de ese quebranto?

COND. Permitid que con mi llanto
riegue, señor, vuestros piés.
(*Va á arrodillarse y el Rey se lo impide.*)

REY. No hareis tal. Mas de cuidado
me sacad. ¿Qué angustia es esa?
¿Qué quereis de mí, Condesa?

COND. La vida de un desgraciado.

REY. ¡Qué escucho! ¿De quién, señora?
¿de ese Gonzalo tal vez?
Quien debiera ser su juez
mas inflexible, ¡le llora!

COND. ¡Ah! Sí.

REY. Su insolente audacia,
sin respeto al Rey ni á Dios,
vertió sangre vuestra, ¡y vos
venís á pedir su gracia!

COND. Su frenesí le cegó.
Viendo en Palacio á su dama,
creyó perdida su fama...

REY. ¿Y quién la deshonra? ¿Yo?

COND. ¡Señor!

REY. Movísteis el cisma
con cuya maraña lucho,
y... No os entiendo.

COND. ¿Qué mucho
si no me entiendo á mí misma?

REY. Por vos he visto á Isabel;
por vos mi alma gime esclava.
¿Sabiais que ella le amaba?
¿Le conociais á él?

COND. Sí.

QUEV. (*Ap.* ¡Dios castiga sin palo!)

REY. Si ahora obrais de ese modo,
¿cómo ántes...

COND. Sabréislo todo
con saber que amo á Gonzalo.

REY. Ahora os entiendo ménos.

COND. Ayer ciega en mi furor
me hizo culpable el temor

de verle en brazos ajenos:
hoy por salvarle la vida
vierto este llanto copioso,
¡y lloraré si es forzoso
á los piés de su querida!

REY. ¿Vos tambien? ¡Dios de Israel!
¿qué lindo Don Diego es este,
qué paraninfo celeste,
que todas gimen por él?—
¿Qué decís de esto, Quevedo?

QUEV. Que estoy confuso y absorto
y lelo... y me quedo corto.

REY. El diablo anda en este enredo.

COND. Mi iluso amor, mi flaqueza
y mi desesperacion
me inspiraron una accion
indigna de mi nobleza.
Yo fuí quien al fiero arrojo
de Gonzalo causa dí,
yo armé su mano y por mí
fué blanco de vuestro enojo.
Yo soy la que lleva en pos
de sí la tea funesta
que tantos pesares cuesta
á él, á ella y á vos:
yo la que vendí sin ley
el honor de mi rival;
yo la que he sido fatal
á mi amante y á mi rey.
Ved si lanza justos gritos
mi conciencia acusadora;
ved si en un alma traidora
pueden caber mas delitos:
y en vuestra recta balanza
cuál es de los dos, pesad,
digno de vuestra piedad
y cuál de vuestra venganza.

REY. ¡No mas!... ¡Hola!

QUEV. (*Ap.* ¡Dios la asista!)

(*Llega un oficial de alabarderos.*)

REY. Esta mujer...

QUEV. (*Ap.* ¡Desdichada!)

REY. Quede en su cuarto arrestada
con centinela de vista.

COND. ¡Señor!...

REY. (*Ap.* Su valor me admira.)
COND. ¡Perdonadle! ¡Es inocente
REY. ¡Basta!
COND. Embótese en mi frente
el rayo de vuestra ira;
y el golpe que me destruya
bendeciré agradecida,
si aceptais, señor, mi vida
en rescate de la suya.

ESCENA III.

El REY. QUEVEDO.

REY. Eso es amar, Don Francisco.
QUEV. Admirable es su conducta.
REY. Sublime es la expiacion
si grave ha sido la culpa.
QUEV. Si no es ella la mujer
fuerte de que la Escritura
nos habla, dudo, señor,
que pueda serlo ninguna.
Ya me voy reconciliando
con las faldas.
REY. Ya veis: triunfa
mi opinion.
QUEV. ¡Victoria insigne!
REY. ¡Plegue á Dios baste con una!
QUEV. ¿Temeis que siga su ejemplo
la menina?
REY. ¿Quién lo duda?
QUEV. Fiad mas en su flaqueza
y en vuestra buena ventura.
Es mas vehemente el amor
en las mujeres adultas
que en las mozas. Las Virginias
y las Arrias no son fruta
de este siglo... Mas si el Aya
vuestra admiracion augusta
ha excitado, ¿qué razon
á castigarla os impulsa?
REY. Yo debo algun desagravio
á Isabel...

QUEV. (*Sonriéndose.*) Sí.
REY. Y á la pública
moral.
QUEV. Cierto. (*Ap.* ¡Oh mundo hipócrita!
¡Oh virtud! ¡cómo te insultan!)
REY. Mas limitaré el rigor
á tres dias de clausura...
EL UGIER. (*A la puerta del foro.*)
Doña Isabel de Marcilla...
REY. ¡Ah!
UGIER. Pide audiencia...
REY. (*Aparte con Quevedo.*) ¡Oh fortuna!—
Esperadme en la antecámara.—
Yo no sé lo que me anuncia
el alma... A la par en ella
temor y esperanza luchan.—
(*Al Ugier.*)
Que entre. (*Vase el Ugier.*)
QUEV. No olvideis, señor...
REY. ¿El refran?
QUEV. (*Ap.* ¡Dios te confunda!)
Al reo que está en capilla.
REY. Vivirá si ella le indulta.
QUEV. Sí hará. Sin llamarla viene...
No hay dudarlo: capitula.
REY. Hoy se verá *quién es ella.*
QUEV. Es... *ella*, y todas son unas.
(*Al retirarse por el foro saluda á Isabel que entra al mismo tiempo.*)

ESCENA IV.

El REY. ISABEL.

ISAB. Dadme, señor, vuestros piés...
REY. (*Deteniéndola.*)
Alza.
ISAB. Permitidme...
REY. ¡No!
¿Lloras?
ISAB. Soy desventurada.
REY. (*Ap.* Todo lo sabe.) En la flor
de la vida y la hermosura,

cuando mi alta proteccion
es tu egida, y cuando todo
te sonrie en derredor,
¿qué pena puede, Isabel,
lastimar tu corazon?

ISAB. De bronce fuera ó de mármol
si resistiese al dolor
que le oprime. Un infeliz
gime bajo el peso atroz
de una sentencia cruel,
y yo á mi despecho soy
la causa de su desdicha.
¡Concededme su perdon!

REY. ¿De quién me hablas?

ISAB. De Gonzalo.

REY. ¿Ignoras que su furor
osó verter sangre ilustre
en esta sacra mansion,
al pié de mi excelso trono;
sangre que yo mismo ¡yo!
ví correr?

ISAB. Locura fué;
crímen quizá; pero en vos,
que si sois monarca augusto
tambien caballero sois,
disculpa hallarán, lo espero,
los delitos del honor.

REY. ¿Quién á su honor atentaba?

ISAB. Salvar el mio creyó.

REY. ¡El tuyo!

ISAB. ¡Ah! no os irriteis.
Tranquila y segura estoy
bajo el paternal escudo
del que es imágen de Dios
sobre la tierra.

REY (*Ap.* ¡Medrados
estamos!)

ISAB Pero él temió...
no á un Rey magnánimo y justo,
sino la aleve intencion
de viles aduladores...

REY. ¿Y quién es él? ¿Quién le dió
autoridad ni derecho
para tanto? ¿Es tu tutor?
¿Es tu hermano por ventura?

ISAB. Somos huérfanos los dos,
y desde niños el lazo
de la amistad...

REY. ¡Del amor!
¡Tú le amas!

ISAB. ¡Señor!

REY. ¡Tú le amas,
y á mí que tan dulce don
le envidio, á mí que te adoro ..

ISAB. ¡Dios mio!...

REY. ¡Me pides hoy
la vida de ese rival
aborrecido!

ISAB. ¡Señor!

REY. ¡Tú le amas! ¡Oh venturoso
mortal! ¡Oh grata prision,
muerte inefable! Por ella
diera yo el trono español.

ISAB. ¿Tánto podria humillarse
con mengua de su esplendor
esa coronada frente?
¿Así del régio blason
que vuestro poder pregona
do quiera que alumbra el sol,
la grandeza depondriais
por una indigna pasion?
Vencedla, señor, vencedla,
que á vuestro ínclito valor
no es árdua empresa. ¡Mis lágrimas
os muevan á compasion!

REY. ¡Oh!..

ISAB. ¡Perdonadle!

REY. Ese llanto
hace su crimen mayor.
Me pides su vida en nombre
de la fe que te inspiró...

ISAB. No; en nombre de la piedad,
á cuya mágica voz
nunca fué sordo Felipe.

REY. Mas si la vida le doy,
deuda ya de la justicia,
¿piensas que en plácida union
sufriré...

ISAB. No: ni lo pido
ni lo espero. A todo estoy

resignada. Viva él,
sea libre...

REY. ¡Y muera yo!

ISAB. ¡Vos morir!

REY. Para templar
de mi justicia el rigor,
fuerza es conculcar los fueros
de la ley, de la razon,
y la majestad del trono
castellano, y el clamor
de una familia angustiada,
y mi justa indignacion —
¿No merecen recompensa
tantos sacrificios?

ISAB. ¡Oh!
yo á Dios rogaré...

REY. No preces
que lleva el viento veloz,
no votos he menester
cuando clavado un arpon
tengo en el alma, y bebiendo
tósigo de muerte voy
en cada mirada tuya,
y á tus plantas... (*Se arrodilla.*)

ISAB. (*Ap.* ¡Oh rubor!)

REY. Expiraré provocando
la eterna condenacion,
si tus labios no me otorgan
una palabra de amor.

ISAB. ¡Alzad! ¡Mísera de mí!

REY. ¡Pronúnciala!...

ISAB. ¡Santo Dios!...

REY. Y salvarás á Gonzalo,
y mi dicha...

ISAB. (*Con dignidad.*) ¡Alzad, señor!
No deprimais vuestra gloria:
ved donde estais y quién sois.

REY. (*Levantándose.*)
Mi gloria es amarte.

ISAB. Sea;
pero si esa adoracion
que tanto me encareceis
es digna de mí y de vos,
no me envilezcais vos mismo
á vuestros ojos.

REY. ¡Ah! no.
ISAB. Si del crímen de Gonzalo
yo he de ser la expiacion,
mostrad que no me teneis
por mujer de poca pro,
y ántes de otorgar la gracia
no pidais el galardon.
REY. ¡Isabel!
ISAB. El tiempo vuela
y se acrece mi terror.
Vuestro generoso indulto
desarme el brazo feroz
del verdugo....
REY. Sí haré. (*Ap.* ¡Oh gozo!)
ISAB. Y por el Dios de Jacob
os juro.[illegible] ser ingrata.
REY. Basta. (*Ap.* ¡Vencí!)
(*Se acerca á una mesa y escribe rápidamente.*)
ISAB. (*Ap.* ¡Se salvó! —
Y yo... ¡Oh Dios mio, Dios mio,
doleos de mi dolor!)
(*Se sienta llorosa y abatida.*)
REY. (*Tomando el decreto que acaba de escribir y acercándose al foro.*)
¡Quevedo! (*Ap.* ¡Oh ventura inmensa!)

ESCENA V.

EL REY. ISABEL. QUEVEDO.

QUEV. ¡Señor!
REY. Tomad.
QUEV. (*Tomando el papel.*) ¿El perdon?
REY. Sí. ¡Volad!
QUEV. (*En voz baja.*) ¿Triunfais?
REY. (*Lo mismo.*) Lo espero.
QUEV. (*Ap.* ¡Hé aquí puesta en el crisol
la virtud de una mujer!
¡Hé aquí un triunfo precoz!...
Mas ¿qué importa? Él vivirá.
Ella... ¡Bien decia yo!...)
REY. (*Acercándose á Isabel.*)

¡Isabel!

QUEV. (*Ap.* Una ha podido desmentirme; pero ¡dos!...)

ESCENA VI.

ISABEL. *El* REY.

REY. ¿Por qué de nuevo pálida tristeza
tus rosadas mejillas descolora?
¿Por qué tu rostro en lágrimas se inunda?
¿Por qué suspiras, niña, y te acongojas?
No de esos ojos la fulgente llama
esquives al esclavo que te adora.
¿Será que aun en tu pecho impresa vive
la imágen de otro dueño, y no la borra
la ciega idolatría con que postro
á tus plantas mi vida y mi corona?
¿Será que complacida en mi tormento,
ya la esperanza efímera me robas
que necio concebí? ¿Será que acaso
el corazon no hablaba por tu boca
cuando con un acento me elevaste
al colmo de la dicha y de la gloria?

ISAB. *Levantándose.*)
Escuchadme, señor; mi desconsuelo
ni de pérfida y falsa me baldona,
ni es mengua de una huérfana infelice
que de la vida apénas en la aurora,
ya con tédio la mira y con espanto.
Si á mis ojos las lágrimas se agolpan,
no es mi propia desdicha la que lloro;
que la mano de Dios no me abandona,
y al término cercano de mis males
sabré llegar con planta valerosa.
Lloro el siniestro influjo de mi estrella,
que á donde quiera que mi frente asoma,
lleva consigo azares y amarguras
y muerte y maldicion. Yo soy, yo sola
quien merece ser blanco á vuestra saña;
yo ¡ay de mí miserable! que en mal hora

os inspiré un amor que Dios me veda
premiar; aciago amor que me sonroja...
mas por vos que por mí; yo á cuyo ruego
una vida acordais, que os fuera odiosa
si á mí la consagrara el malhadado
por quien pedí á mi Rey misericordia.

REY. ¡Qué oigo! ¿Han sido una burla tus palabras?

ISAB. ¡Señor!...

REY. ¿Vana ilusion, fugaz lisonja
fué el paraiso que soñé, y perjura...

ISAB. No ser ingrata os prometí, y la obra
seguirá á la promesa: yo os lo juro.

REY. ¿Cómo... Tú...

ISAB. De una vida os soy deudora:
otra os daré: la mia.

REY. ¿Qué pronuncias?
¡Tú morir, ángel mio! ¡Tú, la joya
de más prez á mis ojos! ¡Tú... Primero
perezca España y se desplome Europa.

ISAB. Valga lo que valiere esta existencia
mísera cuyo peso el alma agobia,
más no puedo ofrecer en vuestras aras,
ni ménos...

REY. ¡Al galan por quien la inmolas!

ISAB. Nó; á mi honor sin mancilla, á mi decoro,
al Dios que ha de juzgarme, á la memoria
de mis honrados padres. Poco fuera,
á quien de entero corazon blasona,
dar por el dueño amado hacienda y vida.
Hazaña mas sublime, mas heróica
es la que inspira la razon austera
que la que nace de la fiebre loca
de una ciega pasion. Si el alma mia
jamás de amor la llama abrasadora
sentido hubiera, con igual denuedo
mil muertes yo arrostrara sin zozobra
ántes que al cebo de ambicion insana
ó al oro vil prostituir mi honra;
que á una mujer para ilustrar su nombre
basta ser bien nacida y española.

REY. (*Ap.* ¡Cielos! ¡tal fortaleza en una niña!..)
Yo.... Mi pecho...

ISAB. Su frente luminosa
veo alzar á mi padre desde el cielo,
su frente siempre erguida donde aun brota

la noble sangre por su Rey vertida.
Su voz habla en mi labio; él es mi norma,
mi luz, mi ángel custodio; él si villana
osara yo insultar su hidalga sombra,
fulminaría sobre mí sañudo
eterna maldicion. Cuando á la losa
fria bajó, pobre, olvidado, oscuro,
huérfana me dejó, huérfana y sola,
sin otra hijuela que su nombre limpio
y una hermosura... que ignoré hasta ahora,
y solo creo en ella porque basta
para ser desgraciada, ser hermosa.
Mas si otra dote me negó la suerte,
no indefensa mi padre entre las olas
de este mar me dejó que llaman corte.
Conociendo sus artes insidiosas,
« Oye (dijo) las últimas palabras
que te dirige trémula mi boca.
Obligacion como soldado tuve
de preferir la muerte á la deshonra:
jura aprender en el ejemplo mio,
y en paz descansaré. » — Juré animosa,
y el anciano expiró... y en mí confia...
— Lo que entónces juré... lo cumplo ahora.
(*Saca del pecho un pomo, cuyo contenido va á beber.*)

REY. ¡Tente! ¡Un veneno! ¡Horror!
(*Quita el pomo á Isabel y lo arroja.*)

ISAB. ¿Qué haceis? En vano,
señor, en vano, con violencia odiosa
me desarmais. El cielo sabrá darme
fuerzas y medio con que el hilo rompa
de esta vida infeliz

REY. ¡Vive! No temas.
¡Vive y triunfa, Isabel!, que á tanta costa
el que en algo se precia, no conquista
goces que humillan, lauros que deshonran.
Vive, que si tus gracias me embelesan,
tu fe me admira y tu virtud me asombra.

ISAB. ¡Oh prez de caballeros y de reyes!...
(*Arrodillándose.*)
Dejad que en vuestros piés mi labio ponga;
dejad que en ellos angustiada llore
mi injusto desamor...

REY. (*Haciéndola levantar.*) ¡No mas, señora!

¡No mas! ¡Huid de mí! Débil resuena
de mi razon el grito y de mi gloria:
para que no le ahoguen mis sentidos
fuerza es que yo no os vea, que no os oiga.

ISAB. ¡Señor!

REY. ¡Huid! Salvaos y salvadme.
¡Huid! (*Ap.* ¡Oh! ¡nunca ha sido tan hermosa!)
Os lo ruego: os lo mando.

ISAB. Vuestra fama
perpetuará en sus páginas la historia,

ESCENA VII.

El REY.

¡Murió la esperanza mia!
¡Huyó la dulce ilusion
que mi amante corazon
embriagaba de alegría!
¿Qué vale el alto poder
que en mí dos mundos adoran,
si en vano mis ojos lloran
á los piés de una mujer?
Su altivo desden me humilla,
y á mi pesar lo venero,
¡y á un oscuro aventurero
envidia el Rey de Castilla!
Quisiera que el hondo abismo
me hundiera... Mas no; á mi gloria
debo mas noble victoria:
la de vencerme á mí mismo.
Sí; cumpliré los deberes
de caballero y de Rey,
y aunque es tirana la ley
sabré... ¡Oh mujeres, mujeres!...
¡Lucido y airoso quedo!
Y es fuerza me resigne. .
¿Qué he de hacer?... ¡Oh insigne, insigne
Don Francisco de Quevedo!
Sois un vil calumniador,
un libelista soez.

Venid á hablarme otra vez
del sándio corregidor
y de su eterna salmodia
¿quién es ella? ¿quién es ella?
Mañana ¡pese á mi estrella!
cantareis la palinodia.
(*Entra en su habitacion.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.





ACTO V.

Sigue la decoracion del acto cuarto. Es de dia.

ESCENA I.

El REY, QUEVEDO.

QUEV. Vuelvo á las damas su gloria
y mis sátiras abjuro.
El aya es una heroina;
Isabel es un conjunto
de gracias y de virtudes,
y yo he sido necio, estúpido
en admitir como axiomas
los dicharachos del vulgo.
¿Puedo cantar mas de plano
mi derrota y vuestro triunfo?

REY. ¡Mi triunfo!

QUEV. Sí, y muy glorioso;
que son placeres espúreos
los que usurpa la violencia
ó compra á fuerza de escudos
la seduccion. A la fama
dió, señor, mas noble asunto
la castidad de Escipion
que todos sus lauros juntos.
Yo tambien, aunque murmure
mortificado mi orgullo,
á la virtud vencedora
prez y alabanza tribûto;
que sano es mi corazon,
si tal vez con ceño adusto,
tal con festivo donaire,
palo de ciego sacudo
escarneciendo ó llorando
las miserias de este mundo.
Vos me hablais de palinodia...
Cantémosla pues á duo,
señor. ¡Ah! si como soy
el menor de vuestros súbditos,
fuese yo por un instante
el Rey Don Felipe, os juro...
REY. ¿Qué hariais?
QUEV. Ser por completo
pio, magnánimo y justo.
Gonzalo...
REY. Ya le libré
de las garras del verdugo.
¿Qué mas quereis?
QUEV. Que se extienda
vuestro generoso indulto...
REY. ¿A qué?
QUEV. A darle libertad.
Preso otra vez en los muros
de vuestro real Alcázar,
espera...
REY. ¿Saber el punto
de su destierro? Vos mismo
lo designareis.
QUEV. ¡Qué escucho!
¿Yo mismo?... ¿Os burlais de mí
por ventura?
REY. No me burlo.

QUEV. Será pues el universo
mundo su cárcel y...

REY. Mucho
me pedís.

QUEV. Sois Rey.

REY. Soy hombre.

QUEV. Pero de heróicos impulsos;
de alma grande que no goza
en el ajeno infortunio;
ántes...

REY. Austero Zenon,
que ayer erais Epicuro,
¿por qué no exigís tambien
que humilde como un cartujo
ponga yo mismo mi dama
en brazos de vuestro alumno?

QUEV. ¡Señor!...

REY. Arrancad primero
de mi pecho el dardo agudo
que le hiere.

QUEV. ¡Qué! ¿aun amais
á Isabel?

REY. En vano lucho
con esta pasion tirana.

QUEV. No os han de faltar recursos
para triunfar de un capricho
fugaz: la caza, el estudio...
Amor vive en la esperanza,
y ya convertida en humo
la vuestra...

REY. Aun no la he perdido.

QUEV. ¿En qué lo fundais?

REY. Lo fundo...
No sé. En la misma vehemencia
del fuego en que me consumo.

QUEV. Sin mengua de vuestra gloria,
no espereis, señor...

REY. Soy viudo.

QUEV. ¡Ah! ¡Cómo!... ¡vos ..

REY. Si el encanto
de su rostro me sedujo,
su virtud mas que divina
(*Con la mano en el pecho.*)
lo graba aquí con profundos
rasgos que no borrará

la losa de mi sepulcro.
¿Quién mas digna de mi mano
y de mi dosel augusto?

QUEV. ¡Será posible, señor!...
Me asombro...

REY. ¿Por qué? Si al último
de mis vasallos es lícito
unirse en pobre tugurio
al objeto de su amor,
¿por qué el señor absoluto
de todos no lo será
para casarse á su gusto?

QUEV. Entre un monarca y sus pueblos,
vos no lo ignorais, hay mútuos
deberes que sin peligro
no es dado...

REY. ¡Vanos escrúpulos!

QUEV. Pierde su prestigio el trono
cuando impolítico nudo
alza desde humilde esfera
á una mujer...

REY. Otro absurdo.
Trono es tambien la hermosura,
trono es la virtud, á cuyos
fulgores son los del mio
agonizante crepúsculo.
Así pues, cuando Himeneo
nos una en plácido yugo,
ella ilustrará mi trono
elevándome hasta el suyo.

QUEV. (*Ap.* ¡Ay! está loco.) Señor,
ved que atropellais los usos,
las conveniencias sociales.
Si esa boda, que aun lo dudo,
se realiza, ¿qué dirán
el Austria, la Francia, el mundo?
Temed no se alce la Europa
contra vos desde el Danubio
hasta el Támesis...

REY. Poder
sobra á este brazo robusto
para lidiar contra todos.
Mas con temerario insulto
nadie al leon castellano
osará...

QUEV. Triunfante el luso
lo diga, y osado el belga
y el catalan en tumulto.
Considerad...
REY. No os canseis.
QUEV. Suspended...
REY. Ni dos minutos.
Vos sereis mi embajador.
QUEV. ¡Yo, señor!
REY. Volad. Ninguno
mejor que vos. Será digna
de vuestro ingenio fecundo
la empresa. Aun puede vencer
desde su postrer reducto
vuestra opinion: aun pudiera,
si alcanzo el bien que procuro,
ser inconcusa verdad
aquel proverbio vetusto.
QUEV. ¡Oh! Será mas que mujer
quien resista á ese conjuro.
¡Ahí es nada! ¡Una corona!...
Pero, por Dios trino y uno,
mirad...
ISAB. (*A la puerta del foro.*)
¡Señor!
REY. ¡Isabel!
QUEV. (*Viéndola.*)
¡Ah! (*Ap.* ¡Pobre Gonzalo!...)
REY. (*Ap.* ¡Oh júbilo!)
Ven...
QUEV. (*Ap.* Entona á tu esperanza
el oficio de difuntos...)

ESCENA II.

El REY. QUEVEDO. ISABEL.

ISAB. (*Hincando la rodilla.*)
Permitidme que me atreva...
REY. (*Ap.* ¡Oh belleza sin segunda!)
Alza...
ISAB. A daros una prueba

de mi gratitud profunda.

REY. ¡Tú!...

QUEV. (*Ap.* ¡Tiemblo!)

ISAB. A vuestra clemencia
debo la vida de un hombre...
En vuestra augusta presencia
no pronunciaré su nombre.

REY. No á mi clemencia, al amor
que me inspiras...

ISAB. Creo en él:
creed vos en el dolor
que me ha causado.

REY. ¡Isabel!

ISAB. Creedlo: no es mas profunda
que la mia vuestra pena.
No es dicha la que se funda
en la desventura ajena.
Tan tierna solicitud
merece premio mayor;
mas no hay poder ni virtud
que dén leyes al amor.
Confesad, si sois sincero,
que en damas de calidad
gala es el amor primero
y el segundo liviandad.
Mas no nos darán, á Dios
lo juro, señor, y al mundo,
ni pena el primero á vos
ni vergüenza á mí el segundo.
Mi vida en expiacion
ofrecí...

REY. ¿Quién tan indigno
será...

ISAB. ¿Reusais mi don?
Dios lo aceptará benigno.

REY. ¿Así á mi amoroso afan
correspondes? ¿Qué misterio...

ISAB. Viva me sepultarán
los muros de un monasterio.

REY. ¡Qué dices! Tú...

ISAB. No vacilo.
Allí en retiro piadoso
será una celda mi asilo
y el Rey de reyes mi esposo.

REY. ¡Jamás!

QUEV. (*Ap.* ¡Triste criatura!)
REY. ¡Tú monja! ¡Oh! no desatines.
No se hizo tanta hermosura
para tocas y maitines.
Yo que en espléndido plaustro
verte victoreada anhelo,
¿podré consentir que un claustro
sea noche de tu cielo?
¿Yo bajo aleve tijera
veré caer tus cabellos?
¡Yo que la corona ibera
quiero sublimar en ellos!
¡Sí, mi bien! Hé aquí mi mano.
Doblen todos su rodilla
como yo la doblo ufano. (*Lo hace.*)
á la Reina de Castilla.
ISAB. (*Haciéndole levantar y hablando como inspirada.*)
¡Robais, impío, al altar
su víctima expiatoria!
¡En vano! A vuestro pesar
yo salvaré vuestra gloria.
Si una corona á mi sien
desea vuestro delirio,
corona es, señor, tambien
la corona del martirio;
y, aunque os parezca cruel,
llevarla animosa espero
con el auxilio de aquel
inmaculado Cordero
que, siendo el Verbo divino,
proto-mártir sin segundo,
la ciñó de agudo espino
para redimir al mundo.
Él me inspira. Mirad vos,
cuando él os habla en mi labio,
si osareis pedir á Dios
satisfaccion del agravio.
Entre el amor y el deber,
mirad, señor, si una hazaña
fácil para una mujer
no lo es para el Rey de España.
Mirad qué os está mejor;
si oir la voz que me llama
á defender mi pudor
y á rescatar vuestra fama;

ó que seamos los dos,
sucumbiendo en esta lid,
ludibrio de Europa vos,
yo escándalo de Madrid.

REY. ¡Basta! ¡Tú has vencido, ingrata!
¿Quieres la toca y el manto?
Bien está: tu Rey acata
ese propósito santo.

QUEV. (*Ap.* ¡Pobre niña!)

REY. A otro mancebo
pude disputar tu mano;
pero con Dios no me atrevo,
que soy yo muy buen cristiano.
Mas los deberes monjiles
son austeros...

ISAB. Ya lo sé.

REY. Aun no cuentas veinte abriles.
¿Tendrás firmeza en tu fe?

ISAB. Lo espero.

REY. Tambien allí
tienta el enemigo malo.
¡Ay de tu fe y ay de tí
si te recuerda á Gonzalo!

ISAB. ¿Por qué le nombrais, señor?
Por siempre me alejo de él...
(*Ap.* ¡Ay cielos!...)

REY. De tu valor
quiero otra prueba, Isabel.

QUEV. ¡Monja! (*Ap.* Es cargo de conciencia.)

REY. ¿Tendrás corazon bastante
para arrostrar la presencia
del que ayer era tu amante?
Tambien yo te amaba tierno.
¿Qué mucho si á mí le igualo?
¡Me has dado un adios eterno!...
Oígalo tambien Gonzalo.

ISAB. ¡Ah, señor!...

REY. Que me avergüence
no es razon ese mozuelo.
Sepa que no es él quien vence,
sino el Rey de tierra y cielo.
Sepa, para ahogar la llama
que nos quemó de consuno,
que no cedo yo mi dama
de Dios abajo á ninguno. —

¿Dudas? Mi demanda es justa.

ISAB. No, señor. (*Ap.* Triste de mí!)

QUEV. (*Ap.* Necia vanidad augusta!)

REY. ¡Hola!
(*Al Ugier que se presenta en la puerta del foro.*)
El preso venga aquí.

QUEV. (*Ap.* ¡Dios le tenga de su mano!)
(*Al Rey aparte.*)
¿A qué esa prueba cruel
si...

REY. ¡Callad!

QUEV. (*Ap.* ¡Dios soberano!...
Ya vuelvo á temblar por él.)

REY. Aun nos falta otro testigo
para accion tan noble y santa.
¡Ugier!

QUEV. (*Ap.* ¡Desdichado amigo!)
(*A otro Ugier que llega.*)
Venga el aya de la Infanta.

QUEV. ¿Y qué os proponeis, señor,
con semejante careo?

REY. Otra víctima de amor
(*Mirando á Isabel.*)
dé mas pompa á su trofeo.

ESCENA III.

El REY. ISABEL. QUEVEDO. *La* CONDESA.

COND. ¿Me llamais...

REY. Venid, Condesa,
Dios oyó vuestra plegaria.
Pesarosa, arrepentida
de vuestra inicua venganza,
crueles remordimientos
os compungian el alma.
Alentad. Libre es Gonzalo.

COND. Vuestra bondad soberana...

REY. Libre es tambien Isabel;
y exenta de toda mancha,
ella que pudo aspirar
al tálamo de un monarca,

modelo de alta virtud
á matronas castellanas,
para mas digno consorte
su cándida mano guarda.

COND. ¡Qué decís!... ¡Gonzalo...! ¡Oh Dios!...

REY. (*A Gonzalo que aparece por el foro entre alabarderos.*)
Entrad. — Despeje la guardia.

ESCENA IV.

El REY. ISABEL. *La* CONDESA. QUEVEDO. GONZALO.

GONZ. (*Ap.* ¡Aquí Isabel! ¡Oh tormento!)

QUEV. (*Ap.* Nos cayó á cuestas la casa.)

GONZ. (*En ademan de arrodillarse.*)
¡Señor!...

REY. Alza, ya eres libre.

GONZ. Permitid que á vuestras plantas...

REY. No es á mí, sino á Isabel,
á quien debes dar las gracias.

GONZ. ¿A Isabel? ¡Cómo... Es posible!...
(*Ap.* ¡La Condesa! Horrible trama
tal vez..)

REY. Póstrate á sus piés.

GONZ. (*Receloso.*)
¡Señor!

QUEV. (*En voz baja rápidamente.*)
Hazlo. Es una santa.

GONZ. (*A los piés de Isabel y aparte con ella.*)
¿Es cierto? ¡Libre... por tí!

ISAB. Sí.

GONZ. ¿A qué precio? ¿Al de mi infamia
y al de la tuya quizá?

ISAB. ¡Vivo... y lo preguntas!

REY. ¡Basta!
(*Se levanta Gonzalo.*)

GONZ. (*Ap.* ¡Ah bien mio... — Pero... el Rey...)

REY. Sí; esa niña es quien te salva.
Bendice al cielo que de ella
hizo el ángel de tu guarda.
(*A la Condesa.*)

Y vos, señora, tambien
bendecid arrodillada
la divina providencia:
quisísteis en hora infausta
perder á esa criatura,
¡y Dios para sí la gana!

QUEV. ¡Qué oigo!

COND. ¡Ah señor!...

REY. A los tres
ella el camino nos traza
del deber. Ella, inocente,
las culpas de todos paga;
y pues yo soy el primero
que su pía ofrenda acata,
¿quién podrá ser tan osado
que la arranque de las aras?

GONZ. ¡Ella... ¡Oh desesperacion!

QUEV. (*En voz baja á Gonzalo.*)
¡Imprudente!...

GONZ. (*A Isabel.*) ¿Es verdad? Habla.

ISAB. (*Con forzada serenidad.*)
Sí; con ánimo resuelto
sigo... (*Ap.* El aliento me falta.)
la divina inspiracion
que á austero claustro me llama.

GONZ. (*Con sumo dolor.*)
¡Ah!... (*Ap.* Me costará la vida.)

REY. La oiste. No hay esperanza
á tu amor; mas si endulzar
deseas la copa amarga
de un desengaño cruel,
ejemplo te dé su casta,
su ejemplar abnegacion.
Madre cariñosa y blanda,
en su gremio te reciba
la Iglesia.

QUEV. (*Ap.* ¡Esto nos faltaba!)

REY. Y en premio de los servicios
de tu padre que Dios haya,
te nombraré, si te ordenas,
canónigo de Granada.

GONZ. (*Sin poder dominarse.*)
Señor, si llamado he sido
para servir de botarga
á vuestra corte, volvedme

á la torre del Alcázar,
ó dad mi cuello al verdugo
que me esperaba en la plaza.

REY. ¿Qué dice ese temerario?
¿Presumes que hablo de chanza?
¿O es poco una canonjía...
(A Quevedo.)
¡Digo: y metropolitana!

QUEV. ¡Señor!...

GONZ. Sincero mi labio
ni disimula ni engaña
ni miente, ¡y ménos al Rey,
y ménos á Dios! Que flaca
de condicion y de espíritu
una mujer desdichada,
rinda en el primer embate
el muro de su constancia,
no es mucho; ni que tal vez
labre su propia desgracia
dejando jurar al labio
lo que dentro niega el alma.
Mas yo que de hombre me precio
y hombre á quien nada acobarda,
ni sé disfrazar mi rostro,
ni sé estudiar mis palabras,
ni ahogar en mi corazon
las pasiones que le halagan.
Mi amor es puro, ¿y quereis
que de él me acuse á las plantas
de un confesor? No he cursado
teología en las aulas,
¿y pronunciaré sacrílego
votos que Dios no me manda
consagrarle?... ¡Oh! si es forzoso
que yo renuncie á mis gratas
ilusiones; si por siempre
mi desventura me arranca
del amante corazon
donde ayer feliz reinaba,
hartos son los enemigos
de mi Rey y de mi patria.
Mandadme á lidiar con ellos:
dadme, señor, una espada,
y me sentará mejor
que el manteo y la sotana.

Así tambien, sin escarnio
de la religion sagrada,
léjos de vos viviré
y de esa mujer ingrata;
y si aun esto no es bastante
para aplacar vuestra saña,
pronto alcanzaré el honor
de morir por vuestra causa;
que quien la vida aborrece
sabrá en sangrienta batalla
dar á las balas el rostro
mejor que al riesgo la espalda.

ISAB. (*Ap.* ¡Dios mio, dadme valor!)

COND. (*Ap.* ¡Y no le he de amar!)

QUEV. (*Ap.* ¡Oh hidalga
fortaleza!)

REY. Si prefieres
á una prebenda una bala,
aunque no te alabo el gusto
yo te concedo la gracia.
Hoy partirás para Flándes.

COND. ¡Piedad!...

REY. ¿Cómo es eso? ¿Lágrimas
en vuestros ojos?

COND. (*En voz baja.*) Señor,
no lloro sola.
(*Mostrando á Isabel.*)
Miradla.

ISAB. (*Ap.* ¡Favor, cielos!)

REY. (*A Quevedo.*) ¿Vos tambien?

QUEV. Y lloraria una estatua
al ver..

REY. ¡Silencio! Gonzalo,
despídete de tu amada:
yo lo permito.

GONZ. Excusad...

REY. Yo lo mando.

ISAB. ¡Ay!... (*Cae sin sentido.*)

COND. (*Acudiendo á sostenerla.*)
¡Se desmaya!

REY. (*Ap.* No puedo mas.) ¡Isabel!
(*Todos se acercan á Isabel.*)
¡Respira, Isabel!...
Abraza
(*Mostrando á Gonzalo.*)

á tu marido.

ISAB. (*Recibiendo en sus brazos á Gonzalo.*)
¡Oh gran Dios!

GONZ. ¡Oh ventura!

QUEV. ¡Oh noble hazaña!
(*Todos se arrodillan ante el Rey.*)

GONZ. ¡Señor!

QUEV. ¡El cielo os bendiga!

COND. Agradecida...

ISAB. Postrada...

REY. ¡Alzad!
(*Todos se levantan, ménos la Condesa que alza los ojos como en actitud de orar.*)
Probar he querido
el temple de vuestras almas.
Perdonadme el breve alarde
de una aparente venganza,
siquiera porque á mi voz
trocais vuestra pena amarga
en dicha tanto mas grande
cuanto ménos esperada.
Bendiga Dios vuestro lazo:
yo con mercedes sin tasa
os probaré mi amistad
pura, desinteresada...
(*Ap.* ¡Valor, Felipe!... eres Rey.)
Sonada será en España
vuestra boda. En mi capilla
os desposareis mañana.
Os hará el epitalamio
Quevedo...

QUEV. Con vida y alma.

REY. Y será vuestro padrino...
Don Felipe cuarto de Austria.

ISAB. (*Queriendo arrodillarse y tambien Gonzalo.*)
¡Tanta bondad!

REY. Deteneós.

QUEV. (*Aparte con el Rey.*)
¡Sois un héroe!

REY. (*Con cómico despecho.*)
¡Soy un mandria.!
(*Reparando en la Condesa.*)
¿Qué haceis, Condesa?

COND. Pedir
á Dios su divina gracia.

(*Se levanta.*)
Y no en vano. El sacro velo
á que otra se resignaba,
y con contento de todos
convierte en nupciales galas,
ceñir anhelo á mi frente
que surca el dolor y mancha
la vergüenza. Si una víctima
el ara de Dios reclama,
yo debo serlo, ¡yo sola!

REY. Mirad....

COND. No me tengais lástima,
señor. Solo allí habrá paz
para esta alma atribulada;
solo allí sanar podria
de mi corazon la llaga...
¡No mas! ¡A Dios! Sed felices.
(*Ap.* ¡Ay!..) ¡A Dios!

ESCENA V. Y ULTIMA.

ISABEL. *El* REY. QUEVEDO. GONZALO.

ISAB. ¡Desventurada!

QUEV. (*Aparte con el Rey.*)
Mejor suerte merecia.

REY. Si es vocacion voluntaria
la suya, del mal el ménos.
Mas ¿qué ha de hacer la cuitada
si á mí no me falta mucho
para encerrarme en la Trapa?
(*En alta voz.*)
Ahora bien, poeta cáustico,
¿volvereis á escribir sátiras
contra las mujeres?

QUEV. No.
Váyase muy noramala
con su injusta muletilla
el corregidor de marras.
A la evidencia me rindo
y en la justicia me fundo.
La mujer, lo juro al Pindo,

es el animal mas lindo
que Dios crió en este mundo.
Ni solo estriba su palma
en este precioso don;
que con muy rara excepcion
hermosas son en el alma
como en el cuerpo lo son.
Cuando su flaqueza sacas
á relucir y sus macas,
considera, hombre demente,
que persigues igualmente
á las gordas y á las flacas.
Si las culpas, tú te implicas;
porque, tirano sañudo,
tú haces la ley, tú la aplicas,
y para ellas—¡pobres chicas!—
siempre es la ley del embudo.
Cifra el hombre su esplendor
en el amor de la gloria;
mas con instinto mejor
la mujer brilla en la historia
por la gloria del amor.
¡Ah! si por seguir tus huellas
se vicia tan noble instinto,
no culpes, hombre, á las bellas,
sino á tí, con tercio y quinto
mas débil que todas ellas.
Siervas en todo lugar
porque lo has dispuesto así,
¿no ves, hombre baladí,
que ellas no pueden pecar
sino contigo y por tí?
Sé indulgente, pues ya ves
que la equidad lo reclama
y lo pide tu interés.
¿Por qué les quitas la fama...
si te arrastras á sus piés?
¿Por qué tu desprecio llora
la que con paciencia santa
cuando niño te amamanta,
y cuando jóven te adora,
y cuando viejo te aguanta?
Sin la mujer no hay placer.
¿Es fiel? Bendice tu estrella.
¿Es maula? ¡Cómo ha de ser!

ó capitula con ella...
ó suprime la mujer.
Mas primero que tal hagas
consentirás que te emplumen
y que te calcen tus bragas,
porque en sus ojos te embriagas
de amor, de gozo... En resúmen:
Desde la planta al cabello
la mujer, — insisto en ello
y lo pruebo y te confundo —
es el animal mas bello
que Dios crió en este mundo.

FIN DE LA COMEDIA.



